


# La Independencia del Perú

Ismael Portal

LIMA-MCMXVII.







A.Villalva O

— LIB. E IMP. GIL - LIMA —
Banco del Herrador 569 a 579

Ismael Portal

# La Independencia del Perú

28 de Julio de 1917

BIBLIOTECA CENTRAL
DIRINTEMAR
Clasif.: 985.04092/P78
Nro. Inv.: 3365
Fecha: 14/3/59

Librería e Imprenta Gil — Lima
Banco del Herrador, 569 a 579

BIBLIOTECA
DIMINMAR

0346

MUSEO NAVAL DEL PERU
C. de M. Julio J. Elías Murgia
Biblioteca

BIBLIOTECA CENTRAL
DE MARINA
DIRECTORIO



**Sr. Dr. Dn. José Pardo**

Presidente Constitucional de la República

MUSEO NAVAL DEL PERU
M. Julio J. Elías Murgia

## *A LA JUVENTUD DE MI PAIS*

*Vine á la vida en esta ciudad de Lima el año de 1863, cuando aun no iban corridos ocho lustros de la Independencia del Perú, y tuve la dicha, por lo tanto, de alcanzar á buen número de esos venerables militares que asistieron á la magna guerra, especialmente, en Junín y en Ayacucho; y como entre aquellos vencedores contábase mi señor abuelo materno, el coronel don Manuel Espinosa, era mi hogar frecuentado siempre por los expresados patriotas, quienes, con sencilléz y abundancia de detalles, departían animosamente acerca de cuanto relación tenía con aquellas activas y épicas campañas. Y esto explica, con meridiana claridad, el interés demostrado siempre en todas mis modestas producciones literarias en favor de una reacción social, en todos los órdenes, para que el sentimiento de la patria no decaiga.....*

*Y es que he escuchado de propios labios, las angustias y penalidades sufridas, para conseguir nuestra emancipación política.*

*Y es que he visto cumplidos, fatalmente, los augurios hechos entonces por esos veteranos experimentados, de que Chile esperaba aprovechar de nuestras abominables disensiones internas, para llevarnos á la guerra y vencernos.*

*Y es, por último, que en nuestras nuevas generaciones se advierte, con dolor, acusadora indiferencia por todo lo que contribuyó—hombres y hechos—á la libertad del Perú colonial, que no por haber sido aquella su época de grandeza dejaba de estar subyugado.*

*La historia de nuestra Independencia debe ser para vosotros, jóvenes, algo así como un catecismo que os dé á conocer y recordar siempre, para que la apreciéis y conservéis amorosamente, la obra sublime de esos próceres inmortales que en horas más felices nos hicieron libres.*

*Os ofrezco, pues, estos pocos párrafos encaminados precisamente á llevar á vuestro conocimiento ó recuerdo, algunos de los más culminantes sucesos de la lucha por la libertad. No perdáis la fé en los destinos de la Patria; que lo sabéis muy bien: el Sol se eclipsa pero no se apaga.....*

*Y tened presente, sobre todo, que si ahora solo creéis en lo que véis, "día llegará en que tendréis que creer en lo que no quisísteis ver".....*

*En el 96.º aniversario de la Independencia nacional.*

*El Autor.*

# ¡LA PATRIA!

El cariño que el hombre siente por el suelo en que nace, es el principio del amor á la patria, acaso el más puro y natural de los sentimientos humanos. Nada hay sobre la Tierra que supere á esta preciosa garantía social; porque el amor á la patria, por encima de los más grandes afectos como se halla, hace del individuo un elemento de fuerza moral irresistible, y, por consiguiente, de ordenada vida y sostén invariable para la sociedad.

Pesa gravemente sobre los padres y los maestros—como también sobre los mandatarios—la obligación sustancial de alimentar bajo todas las formas el amor á la patria, único y seguro camino por donde los pueblos llegan á ser fuertes, grandes y dichosos.

*La madre patria*, se ha dicho siempre, desde remotos siglos, y se dice aún en nuestros días. Si, es verdad. Y Cicerón sostiene que "siendo la patria nuestra madre antes "que aquella que nos dió el ser, la debemos más reconocimiento que á nuestros propios padres".

Bellos ejemplos de lo que es y puede el amor á la patria nos ofrecen Grecia y Roma antiguas, ejemplos que á toda hora deben recordar las naciones degeneradas que hoy constituyen el mundo. Porque si bien es cierto que tan noble sentimiento llegó por aquellas épocas al mayor grado de exageración, no lo es menos que su debilitamiento causó la ruina de esas poderosas repúblicas. Allí, el amor á la patria despertaba el odio contra todo extranjero: se le miraba como enemigo, se dudaba ó recelaba de él, se le te-

mía; porque griegos y romanos se confundían ante la idea de que esos seres extraños podían organizarse un día y arrebatarles su tierra, su patria! Y la previsión de Licurgo fué, en este orden, hasta prohibir resuelta é incondicionalmente la emigración.....

Todos esos excesos eran fruto exclusivo de la pasión por el suelo natal.

El hombre se halla en el deber de procurar el engrandecimiento de su patria, dedicando á este noble fin sus energías, su dinero, su vida. No de otra manera hubieran salido airosos los japoneses en su última difícil demanda. Cantaron con Horacio: "es dulce y glorioso morir por la patria", y recorrieron luego la escabrosa senda en breve término, de victoria en victoria, convencidos de un inmediato éxito lisonjero que colocaría en la historia muy alto el nombre de su patria, con incalculable prestigio para esa nacionalidad tiempo há olvidada y por razones de otra especie deprimida.

Hoy, que los anhelos de conquista van tomando serias proporciones y que se palpa en muchos países el afán de prosperidad, no por la honrada labor sino á expensas ajenas, el patriotismo bien inspirado se impone más que nunca como la suprema salvación social. Y si esto en principio es saludable, lo es muy especialmente en lo que al Perú toca; que adormecido con sus riquezas y confiado en su reconocida lealtad para con todos, descuidó tan hermosa doctrina, y se empeña al presente, con aplauso universal, en cambiar de rumbo.

En el hogar y en la escuela es de todo punto indispensable fijar la base inconmovible del amor á la patria. Si de ese camino os apartáis, padres y maestros, nada habrán conseguido los ciudadanos que cumplen fielmente sus deberes en el Poder dotando á la nación de diversas instituciones y elementos de fuerza que contribuyan á su propia seguridad.

Racionalmente, no puede admitirse que haya hijo que no ame á su madre, como tampoco se admite que haya hombre que no ame á su patria. Y por eso afirmó un sabio: "Quitarle á un hombre su país, es secar la fuente de su vida".

¡Ah! Estas frases encierran un mundo de amargura para los que amamos con toda el alma este suelo adorable

y fertilísimo en que vimos la primera luz. Y esa amargura brota y se desborda de nuestros corazones cuando volvemos hacia atrás la mirada y contemplamos el desgarramiento de nuestra soberanía, la pérdida de nuestras riquezas, el abatimiento de fuerzas morales y mil y mil crueles consecuencias que se derivan del éxito desgraciado, en toda guerra nacional.

*¡¡Quitarle á un hombre su país, es secar la fuente de su vida!!*

No olvides, joven peruano, esta profunda verdad, esta idea magna, esta enseñanza magistral admirable. Piensa, medita, inquiere acerca de los supremos esfuerzos, sacrificios y actos heroicos que costó tu libertad; piensa, sí, piensa con la mano sobre tu tierno pecho en el daño hondo y mortal que te aguarda si no pones empeño en que la fuente, el manantial de tu vida, llegue, al fin, por tus errores imperdonables, por tus vicios no corregidos, á secarse....!

# DON JOSÉ DE SAN MARTÍN

## 25 de Febrero de 1778

El 25 de febrero, el 28 de julio y el 17 de agosto, son fechas que obligan la gratitud de todo corazón peruano y que hondamente grabadas en el alma nacional no pueden jamás pasar inadvertidas.

Por lo que á nosotros toca, quien quiera que nos haya leído desde hace muchos años en las diferentes publicaciones en que hemos colaborado ó á cuyas redacciones hemos pertenecido, no recibirá con extrañeza este sencillo recuerdo que ahora dedicamos al nacimiento del "primer soldado de la libertad", en la por tal causa gloriosa ciudad de Yapeyú, de la poderosa Nación Argentina, el 25 de febrero de 1778.

Sería casi herir la cultura intelectual de nuestros conciudadanos lectores, si para cumplir este deber de patriotismo apeláramos al relato de los triunfos militares del egregio argentino, que, sin duda, han de serles bien conocidos. No, no le buscaremos en ese camino en el que tantas amarguras tuviera que devorar; queremos verlo en su niñéz, cuando se presentía los frutos que había de producir para su país y para la humanidad, y también queremos admirarlo en la maduréz de la existencia, cuando arrojara para siempre la espada que se puso en sus honradas manos para la defensa de una causa santa y que

devolviera inmaculada sin recibir ni siquiera el vaho de otra sangre que no fuera la del enemigo de su patria. (1)

Nacido de padres españoles, de noble estirpe—Don Juan de San Martín, natural del reino de León y capitán de ejército, y doña Gregoria Matorras, nacida en Paredes de Nava, Castilla la Vieja—fué llevado á España á la edad de ocho años y matriculado poco después en el Seminario de nobles de Madrid, instituto esencialmente aristocrático.

El niño descubría ya condiciones de carácter y gran habilidad, discreción y moralidad tales, que movía de contínuo el interés de sus maestros y el afecto de sus camaradas. Era buen alumno, era buen compañero, era amigo modelo ¿cómo no había de ser buen hijo, aún entonces que recién se iniciaba en el camino de la vida?

Su señora madre, viuda ya, lo hace constar en el testamento que otorgí en Madrid el 1.° de junio de 1803 ante don Domingo Rodríguez, Escribano del Rey y del Juzgado de Reales obras de Palacio, cuando, después de declarar que dejaba cinco hijos—Manuel Tadeo, Juan Fermín, Justo Rufino, José Francisco y María Elena—dice que ha gastado en ellos muchos maravedíes cuyo monto no puede fijar; "pero sí puedo asegurar, agrega, que el que menos costo me ha tenido es *José Francisco*".

No puede ser más simpática la nota precedente, porque es la expresión de una conducta arreglada, de una vida de orden llevada en la juventud y así reconocida por la propia autora de sus días en hora tan solemne.

Ese fué San Martín, hijo! Pero abramos un paréntesis á su carrera militar de luz, de ciencia, de valor, para contemplarle cuán grande fué más tarde en todas las situaciones por las que pasó en la tierra.

De su matrimonio efectuado á su regreso de España con la distinguidísima señora Doña María de los Remedios de Escalada, el 12 de noviembre de 1812, no tuvo sino una hija, Mercedes, digno fruto de ese hombre co-

(1) El General San Martín ostentaba varias heridas, entre ellas una en la cara, bastante notable y que la sacó en San Lorenzo en cuya acción avanzó á la cabeza de 150 de sus granaderos, sin esperar la artillería é infantería de su división, y, sable en mano, deshizo una columna de 500 hombres que acababa de desembarcar, de la guarnición de Montevideo que contaba las mejores tropas.

losal y en cuyos brazos entregó el alma á Dios el aciago 17 de agosto de 1850.

Preocupado con la educación de esta interesante niña, la condujo á Bélgica y escribió para ella, en 1825, ó sea, cuando no había llegado á los 10 años de edad, estas tiernísimas y sabias máximas que entregó á la institutriz que le designara, para que las cumpliera debidamente:

1.ª—*Humanizar el carácter y hacerlo sensible, aún con los insectos que no perjudican. Stern ha dicho á una mosca abriéndole la ventana para que saliera: "Anda, pobre animal, el mundo es demasiado grande para nosotros dos . . . . . "*

2.ª—*Inspirarla amor á la verdad y odio á la mentira.*

3.ª—*Inspirarla una gran confianza y amistad, pero uniendo el respeto.*

4.ª—*Estimular en Mercedes la caridad con los pobres.*

5.ª—*Respeto sobre la propiedad ajena.*

6.ª—*Acostumbrarla á guardar un secreto.*

7.ª—*Inspirarla sentimientos de indulgencia hacia todas las religiones.*

8.ª—*Dulzura con los criados, pobres y viejos.*

9.ª—*Que hable poco y lo preciso.*

10.ª—*Acostumbrarla á estar formal en la mesa.*

11.ª—*Amor al aseo y desprecio al lujo.*

Ese fué San Martín, padre! Pero su celo ejemplar, su amor incomparable á Mercedes no podía terminar con aquellos elevados consejos. Y así, cuando más tarde, el notable jurisconsulto argentino doctor don Mariano Balcarce pedía á San Martín la mano de su hija, éste, aceptando la demanda, dirigió en el acto á la respetable matrona, madre del prometido, la siguiente carta que encierra un tesoro de delicadeza, de afecto, de juicio y de moral.

Leedla:

"París, 15 de diciembre de 1831

Mi señora doña Dominga Buchardo de Balcarce.

Señora y amiga de todo mi aprecio:

Antes del nacimiento de mi hija Mercedes, mis votos eran porque fuese un varón; contrariado en mis deseos, mis esperanzas se dirigieron á que algún día se uniese á

MUSEO NAVAL DEL PERU - C. de V. Julio J. Elías Murgía - B

un americano, hombre de bien, y si era posible, el que fuese hijo de un militar que hubiese rendido servicios señalados á la independencia de nuestra patria.

Dios ha escuchado mis votos, no sólo encontrando reunidas estas cualidades en su virtuoso hijo don Mariano, sino también coincidir en serlo de un amigo y compañero de armas. Si como espero este enlace es de la aprobación de Ud., será para mí la más completa satisfacción.

La educación que Mercedes ha recibido bajo mi vista, no ha tenido por objeto formar de ella lo que se llama una dama de gran tono, pero sí el de hacer una tierna madre y buena esposa. Con esta base y las recomendaciones que adornan á su hijo de Ud., podemos prometernos en que éstos jóvenes sean felices, que es á lo que aspiro.

Ruego á Ud. se sirva ofrecer mis finos recuerdos á toda su amable familia, como de creerme su afectísimo servidor y amigo.

Q. B. S. P.

*José de San Martín".*

El 29 de noviembre del año siguiente, 1832, realizábase en París, con indescriptible satisfacción de la colonia americana, la ceremonia nupcial de Mercedes de San Martín y Escalada de la Quintana con el doctor don Mariano Balcarce á la sazón Ministro Plenipotenciario de su país en Francia, como lo fué en varias cortes europeas durante cuarenta años y á cuya atinada labor diplomática debe esa simpática nación hermana la torrentosa inmigración que amparada por sabias leyes ha contribuído tan sistemáticamente á su merecida grandeza.

De la unión conyugal de estos dos jóvenes—ella, mendocina de 16 años, y él, bonaerense de 24—nacieron dos niñas, Mercedes y Josefa Balcarce. La primera falleció en París, en 1860 y la segunda contrajo matrimonio con don Francisco Gutiérrez Estrada Gómez de la Cortina; habiéndose perdido, pues, el apellido San Martín, por el lado del héroe argentino, á causa de no haber tenido este hijos ni nietos que directamente lo llevaran.

Apreciemos ahora su manera de proceder cuando, lejos de su país y anonadado por la injusticia y decepciones de que son siempre víctimas los hombres geniales, las Repúblicas del Plata tuvieron con Inglaterra y Francia

ciertas disensiones de carácter grave que se convirtieron pronto en una persistente amenaza aún contra la vida nacional.

En tan comprometida situación, el invicto argentino cortó su resolución de no volver á su país y dirigió al Dictador al "cruel", al "tirano" Rosas la comunicación que sigue, testimonio elocuente de su inextinguible patriotismo.

Es esta:

"Grand-Bourg, cerca de París, 5 de agosto de 1838.—Excelentísimo señor capitán general don Juan Manuel de Rosas.—Muy señor mio y respetable general.—Separado voluntariamente de todo mando público, el año 1823 y retirado en mi chacra de Mendoza, siguiendo por inclinación y cálculo una vida retirada, creía que este sistema y más que todo, mi vida pública en el espacio de diez años, me pondría á cubierto con mis compatriotas, de toda idea de ambicionar ninguna especie de mando; me equivoqué en mi cálculo; á los dos meses de mi llegada á Mendoza el gobierno que en aquella época mandaba en Buenos Aires, no solo me formó *un bloqueo de espías*, entre ellos á uno de mis sirvientes, sino que me hizo una guerra injusta y poco noble, en los papeles públicos de su devoción, tratando al mismo tiempo de hacerme sospechoso á los demás gobiernos de las provincias; por otra parte, los de la oposición, hombres á quienes en general no conocía ni aun de vista, hacían circular la absurda idea que mi regreso del Perú no tenía otro objeto que el de derribar la administración de Buenos Aires y sustituirme á ella, y para corroborar esta idea mostraban (con una impudicia poco común) cartas que ellos suponían les escribía. Lo que dejo expuesto me hizo conocer que mi posición era falsa, y que por desgracia mía yo había figurado demasiado en la guerra de la independencia, para esperar gozar en mi patria, por entonces, la tranquilidad que tanto apetecía; en estas circunstancias resolví venir á Europa, esperando que mi país ofreciese garantías de orden para regresar á él,—la época la creía oportuna el año 29; á mi llegada á Buenos Aires me encontré con la guerra civil, preferí un nuevo ostracismo á tomar parte alguna en sus disensiones; desde aquella época, seis años de males han deteriorado

mi constitución, pero no mi moral ni los deseos de ser útil á nuestra patria. Me explicaré.—He visto por los papeles públicos de ésta, el bloqueo que el gobierno francés ha establecido contra Buenos Aires; ignoro los resultados de esta medida: si son los de la guerra, yo sé lo que mi deber me impone como americano; pero mis circunstancias, y la de que se fuese á creer que me supongo un hombre necesario, hace por un exceso de delicadeza, que usted sabrá valorar, el que espere sus órdenes si usted me cree de alguna utilidad; inmediatamente de haberlas recibido me pondré en marcha para servir á la patria en la guerra contra Francia en cualquier clase que se me destine con la misma decisión y desinterés que lo que hecho anteriormente.—Concluida la guerra me retiraré á un rincón; esto es si mi país me ofrece seguridad y orden, de lo contrario regresaré á Europa *con el sentimiento de no dejar mis viejos huesos en la patria que me vió nacer.*—He aquí, señor general, el objeto de esta carta; en cualquiera de los dos casos, es decir, que mis servicios sean ó no aceptados, tendré siempre una completa satisfacción en que usted me crea sinceramente su apasionado servidor y compatriota, Q. B. S. M.

*José de San Martín".*

La respuesta del Dictador, que no se hizo esperar mucho, fué de lo más atenta, recordando al General San Martín sus afanes y desvelos por la independencia de su patria, de Chile y el Perú, á la vez que agradeciendo el ofrecimiento de sus servicios y la necesidad, también, de no exigirle nuevos sacrificios. Dícele Rosas, asimismo, que allá, en Inglaterra y Francia, puede servir eficazmente a su patria, va de ejemplo, en una misión diplomática.

Don José de San Martín, de hombría de bien que nadie le superó, con la mano sobre su noble pecho, contesta al Dictador: "destinado á las armas desde mis prime-
"ros años, ni *mi educación*, instrucción ni talento *son pro-*
"*pios* para desempeñar una comisión de cuyo éxito puede
"depender *la felicidad de nuestro país;* si un sincero de-
"seo del acierto y una buena voluntad fuesen suficientes
"para corresponder á tal confianza, usted puede contar

"con ambas cosas, con toda seguridad, pero estos deseos "son nulos si no los acompañan *otras cualidades*".

Trasunto fiel es este de la altísima moralidad de nuestro libertador que á manera de Arte sublime atesoraba el conjunto de todas sus virtudes cívicas.

¿Quién, militar ó nó, en estos tristísimos tiempos de logrerismo y desconocimiento casi absoluto de los deberes anexos al bien entendido patriotismo, haría tan franca declaración y no se aprestaría con faláz desplante á "correr-cortes" á expensas del daño moral y de los dineros de la nación?

Ah! Sin esta raza de hombres, por desgracia infecunda ¿habrían podido vencer estas colonias españolas á todo un león de Iberia que por siglos tuvo el dominio del mundo?

Es que, se nos dirá juiciosamente, españoles éramos todos. Y si de San Martín se trata, la sangre que por sus venas corría española era; y en España se educó, en España hizo, desde cadete del Regimiento "Murcia" hasta ganar despachos de teniente coronel, su brillante carrera militar en lucha tenaz contra los moros, contra los franceses, contra los ingleses y portugueses, ganando muchas batallas, como la memorable de *Bailén*, el 18 de julio de 1808, en la que se distinguió tanto y fué condecorado con medalla de oro "el capitan *español* don José de San Martín".

Pero, la no aceptación del cargo diplomático en Europa que se le ofrecía indujo á Rosas á nombrarle en seguida Ministro Plenipotenciario en el Perú. Mas, San Martín que no podía variar de opinión, como suele verse en estas épocas, contestó nuevamente: "Faltaría á mi de-"ber si no manifestase igualmente, que enrolado en la "carrera militar desde la edad de 12 años, ni *mi educa-"ción* ni instrucción las creo *propias* para desempeñar con "acierto un encargo de cuyo buen éxito puede depender "*la paz de nuestro suelo*..... Hay algo más, y este "es el punto principal en que con sentimiento fundo "mi renuncia. S. E., al confiarme tan alta misión, tal "vez ignoraba ó no tuvo presente que, después de mi re-"greso de Lima, el primer congreso del Perú me nombró "generalísimo de sus ejércitos, señalándome al mismo "tiempo una pensión vitalicia de 9,000 pesos, anuales. Es-

"ta circunstancia no puede menos que resentir mi delica-
"deza al pensar que tenía que representar los intereses de
"nuestra república ante un Estado á quien soy deudor
"de favores tan generosos, y que no todos me supon-
"drían con la moralidad necesaria para desempeñarla
"con lealtad y honor".

He aquí, pues, algunos perfiles de la personalidad histórica de nuestro padre libertador ante cuya memoria nos descubrimos con admiración y gratitud, con respeto, con amor sincerísimo y profundo.....

---

## 28 de Julio de 1821

Comenzaremos esta segunda parte de las breves líneas que hoy gustosos dedicamos á don José de San Martín, consignando muy interesantes datos históricos acerca de la manera como formó y obtuvo, venciendo mil obstáculos, el mando del ejército llamado de los *Andes* con el que vino por estos pueblos á poner término á la dominación española.

Rival de nuestro Libertador, era por aquellas épocas su compatriota el brigadier general don Carlos A. de Alvear, y, con tal motivo, propúsose éste hacer que fracasase el plan ya estudiado y comenzado á poner en ejecución por San Martín, desde que asumió la Intendencia de la provincia de Cuyo, para cubrirse de gloria dando libertad á estas colonias.

Alvear estaba en el Poder, desde el 9 de Enero de 1815, aunque con grandes odiosidades, y decretó cierto día del mismo mes la separación de San Martín de dicha Intendencia, nombrando en su lugar al coronel don Gregorio Ignacio Perdriel. Pero enterados de esto, los vecindarios de Mendoza, (capital) San Juan y San Luis que formaban la importante provincia de Cuyo, elevaron una enérgica protesta, obligando al cabildo á reunirse en sesión extraordinaria, como sucedió, para que expresase al Gobierno su firme resolución de no admitir otra autoridad que no fuese la que había sido injustamente destituída.

La lucha duró tres meses, al cabo de los cuales, el 1.° de Mayo, fué restituído allí San Martín, cuya renuncia, elevada por delicadeza al Cabildo, no había sido tampoco aceptada.

Conviene advertir, que un año antes, San Martín había estado al frente del ejército que operaba en el Alto Perú; pero convencido de que todo esfuerzo para desalojar al enemigo era ineficaz si no se le sacaba de Chile para dominar el Pacífico y ocupar Lima, pretextó una afección al pecho y consiguió, por influencia de sus amigos, que el gobierno de don Gervasio Antonio de Posadas lo enviase á Cuyo.

Y así lo expresó á su gran amigo D. Nicolás Rodríguez Peña en carta de 22 de Abril de 1814, contestando á su felicitación por el éxito de la batalla de San Lorenzo, cuando le dice: "Por este lado, (el Alto Perú) la guerra no puede ser sino puramente defensiva, y para eso bastan los valientes gauchos de Salta con un par de escuadrones de veteranos. Mi secreto se lo he comunicado á Ud. ya: un ejército pequeño y bien disciplinado en Mendoza para pasar á Chile y acabar allí con los godos apoyando un Gobierno de amigos sólidos para concluir también con la anarquía que reina, y aliando las fuerzas pasaremos por mar á tomar Lima. Ese es el camino y no este, amigo mío; convénzase Ud. de que mientras no estemos en Lima, la guerra no se acabará nunca. Deseo mucho que nombren Uds. alguno más apto que yo para ese puesto".....

Parte de allí la labor efectiva y meritísima de nuestro Gran Padre, para darnos libertad. Sentó las bases de una administración admirable que á los pocos meses comenzó á rendir frutos preciosos que cimentaron el logro de sus bien concebidos planes. Formó un ejército fuerte, lo dotó de cuanto podía desearse en materia de armamento, municiones y vestuario, para lo cual estableció parque y maestranza, fábrica de pólvora, laboratorio de salitre, fábrica de telas. Y como con su ejemplo y propaganda en favor de la causa de la independencia había conseguido robustecer el amor patrio en esas simpáticas regiones hermanas, los pueblos de la provincia de Cuyo—Mendoza, San Juan y San Luis—se impusieron generosamente todos los sacrificios imaginables, y



**Campamento del "Plumerillo" - 17 de Enero de 1817 - San Martín emprende la marcha hacia los Andes.**

MUSEO NAVAL DEL PERU
Biblioteca
Julio J. Elías Murgia

además de las contribuciones á que fueron sometidos en dinero, alhajas, ropa, mulas, bueyes, obra de mano y víveres, presentáronse sus denodados hijos á ofrecer sus vidas al primer llamamiento que les hiciera el glorioso José de San Martín para tomar las armas y trasmontar—¡oh, hazaña de los tiempos!—la elevadísima y escarpada cordillera que ha servido á esos titanes para llegar pronto y con renombre á la inmortalidad.

Y ese fué, pues, el *Ejército de los Andes*, (1) el puñado de patriotas argentinos que, con su bravo y nobilísimo General á la cabeza, partió desde el campamento del "Plumerillo", en las inmediaciones de la heróica ciudad de Mendoza, el memorable 17 de Enero de 1817, para arrojar el 12 de Febrero en Chacabuco las aguerridas huestes españolas y consolidar luego en Maipú, el 5 de Abril de 1818, la libertad de Chile precursora de la ocupación de Lima que era la idea dulcemente acariciada por el Libertador.

A paso lento, pero firme, la expedición que vino á órdenes del ilustre soldado venció el "paso de los Andes" que por entonces presentaba resistencias naturales espantosas, y palmo á palmo, de victoria en victoria, llegó hasta las puertas de la histórica ciudad de Pizarro. El ejército que le obedecía hallábase en muy buen pie de guerra y lleno de patriótico entusiasmo; mientras el del Virrey Laserna, ya evacuaba, ya ocupaba, presa de inquietud, la capital.

Por fin, en una de esas retiradas, el Ayuntamiento limeño recibió la nota-consulta que en seguida copiamos, documento precioso y digno de su preclaro autor:

---

(1) Y ya que invocamos con gratitud y admiración al pueblo hermano, dejaremos constancia aquí, de que la bandera riquísima que trajo el inolvidable y valeroso *Ejército de los Andes* fué confeccionada y bordada por la señora Dolores Prats de Huici y las señoritas Laureana Ferrari, Mercedes Alvarez y Margarita Corvalán, pertenecientes á la más distinguida sociedad mendocina, cuyas damas al entregar sus alhajas para la expedición libertadora, presididas por la esposa del ínclito San Martín, hicieron esta solemne declaración, digna de ellas: "*Los diamantes y las perlas sentarían mal en la angustiosa situación de la patria, que exige sacrificios de todos sus hijos, y antes de arrastrar las cadenas de un nuevo cautiverio, oblamos nuestras joyas en su altar*".

¡Esa fué, y es, la admirable mujer argentina!

"Excmo. señor:

"Deseando proporcionar, cuanto antes sea posible la "felicidad del Perú, me es indispensable consultar la "voluntad de los pueblos. Para esto espero que V. E. "convoque una junta general de vecinos honrados que "representando el común de habitantes de esta capital "exprese si la opinión general se halla decidida por la "Independencia. Para no dilatar este feliz instante, pa- "rece que V. E. podría elegir, en el día, aquellas perso- "nas de conocida probidad, luces y patriotismo, cuyo "voto me servirá de norte para proceder á la *Jura* de "la Independencia ó á ejecutar lo que determine la re- "ferida Junta; pues mis intenciones no son dirigidas á "otro fin que á favorecer la prosperidad de la América. "—Dios guarde á V. E. muchos años.—Lima, 14 de Ju- "lio de 1821.—*José de San Martín.*

Al día siguiente, recibida como había sido con gran júbilo la nota-consulta precedente, reuniéronse en el local del Ayuntamiento, presididos por el Reverendísimo Arzobispo don Bartolomé María de las Heras (1), los prelados de los conventos y los Títulos de Castilla, más de 300 vecinos distinguidos y suscribieron la correspondiente é histórica acta, declarando que la voluntad general estaba decidida "por la Independencia del Perú, de la dominación española *y de cualquiera otra extranjera*", y que se procediese, en consecuencia, á recibir solemnemente el juramento del caso.

¿Se ha fijado el lector, compatriota nuestro, en aquello *de cualquiera otra extranjera*?.....

¿Y no es verdad que ese juramento otorgado por

(1) Era el señor de las Heras natural de Sevilla y último de los arzobispos españoles que tuvo el Perú. Llamará la atención, por supuesto, que se adhiriera á la proclamación de la Independencia; pero el ministerio sacerdotal tiene muy elevados fines, y así, cuando el Virrey Laserna al abandonar la capital el 6 de julio de 1821 le instó á que hiciese otro tanto, el señor de las Heras le respondió: "en tan calamitosos momentos, no puedo desamparar á mis ovejas, cuyos clamores exigen, más que nunca, mi presencia en la ciudad". El 9 entró San Martín á Lima y el 28 fué la jura. Como todo se realizó pacíficamente, el Arzobispo renunció el 24 y se retiró poco después; y el 12 de Noviembre se embarcó por Chancay con rumbo á España, falleciendo santamente en el convento de Trinitarios Descalzos, de Madrid, el 21 de Enero de 1823 á la edad de 79 años.

nuestros esforzados padres, tenemos la ineludible y sagrada obligación de cumplirlo aun á costa de la vida, que nada vale si es gravosa ó infecunda para la patria amada?

¡Oh! Esto hay que recordarlo, hay que enseñarlo y explicarlo á las nuevas generaciones, hay que respetarlo y cultivarlo, porque es la herencia más cuantiosa que esos grandes hombres nos han dejado, y el principio fundamental de la nacionalidad propia que con su sangre nos dieran.

A la citada declaración del vecindario, siguió la designación del día en que debía realizarse el juramento; lo que se hizo por medio de un bando que dice:

"Don José de San Martín, Capitán General de Ejército y en Jefe del Libertador del Perú, Grande Oficial de la Legión de mérito de Chile, &, &.—Por cuanto esta ilustre y gloriosa Capital ha declarado, así por medio de las personas visibles, como por el voto y aclamación general del público su voluntad decidida por su *Independencia* y ser colocada en el alto grado de los *Pueblos Libres*, quedando notado en el tiempo de su existencia por el día más grande y glorioso el domingo 15 del presente mes, en que las personas más respetables suscribieron el *Acta de su libertad*, que confirmó el pueblo por voz común en medio de júbilo:—Por tanto, *ciudadanos*, mi corazón que nada apetece más que vuestra gloria, y á la cual consagro mis afanes, he determinado que el *sábado inmediato veintiocho*, se proclame vuestra feliz *Independencia* y el primer paso que dáis á la libertad de los pueblos *Soberanos* en todos los lugares públicos en que se os anunciaban en otro tiempo, la continuación de vuestras tristes y pesadas cadenas. Y para que se haga con la solemnidad correspondiente, espero que este noble vecindario autorice el augusto acto de la *Jura* concurriendo á él; que adorne é ilumine sus casas en las noches del viernes, sábado y domingo, para que, con tales demostraciones, se dén al mundo los más fuertes testimonios del interés con que la Ilustre Capital del Perú celebra el día primero de su *Independencia*, y el de su incorporación á la gran familia Americana.—Dado en Lima á 22 de Julio de 1821 y 1.° de su *Independencia*—*José de San Martín*".

¡Y llegó el anhelado y venturoso día *veintiocho!*

Las crónicas de por aquellos felices tiempos nos dán información detallada acerca de la manera grandiosa como se efectuó la ceremonia más imponente que registran los anales de la vida política del Perú. De ellas extractamos, respetando la verdad histórica, y para compartir con el joven lector las alegrías que experimentamos al evocar estos patrióticos recuerdos, las noticias que en seguida consignamos.

En el centro de la Plaza Mayor, como en todas las plazuelas de la ciudad, habíase levantado un tabladillo con capacidad suficiente para el número de personas que iban á ocuparlo. El entusiasmo que se advertía en todos los hogares y en las calles de la capital era desbordante, enloquecedor. Las gentes de Lima que siempre fueron—y no han dejado de serlo—tan dadas á la novelería, iban y venían sin rumbo, ó con él, en su empeño de conseguir puesto en un balcón ó ventana desde donde poder verlo todo, escucharlo todo y hasta palparlo todo.

A las diez de la mañana, la Plaza de Armas ó Mayor, estaba invadida y los murmullos de impaciencia eran ensordecedores. En esta situación, aparece por la puerta principal del Palacio de Pizarro, abriendo el desfile, la Universidad de San Marcos con sus cuatro colegios, los prelados de las casas religiosas, jefes militares, oidores, gran parte de la nobleza y los miembros del Excmo. Ayuntamiento, todos en briosos caballos, ricamente enjaezados. Venía luego el Libertador don José de San Martín, cuya presencia fué advertida por estruendosas aclamaciones. Acompañábanle el Teniente General Marqués de Montemira, Gobernador Político y Militar, el Estado Mayor y los Generales del Ejército Libertador; cerrando el cortejo la guardia de caballería, los Alabarderos de Lima, los Húsares de la Escolta del General en Jefe y otras fuerzas, incluyendo el regimiento de artillería con sus respectivas piezas.

El Libertador avanzó hasta el tablado, y al presentarse en lo alto recibió de manos del señor Gobernador, que desde Palacio lo llevaba, el pendón en que se ostentaba el nuevo escudo de armas, y cuando fué acallado el alborozo del inmenso gentío, dijo con voz soberana al mundo:

*¡¡El Perú es desde este momento libre é independiente por la voluntad general de los pueblos y por la justicia de su causa, que Dios defiende!!*

Batió luego el pendón girando en todas direcciones, y con semblante revelador de indescriptible dicha, exclamó repetidas veces: *¡Viva la Patria! ¡Viva la Libertad! ¡Viva la Independencia!* expresiones que fueron coreadas con frenesí por millares de voces, el estrépito de los cañones y el repique de todas las campanas de los templos.

En ese instante cayó sobre el tablado, y en toda la plaza, una torrencial lluvia de flores con que las damas limeñas, engalanando maravillosamente los amplios balcones, quisieron perfumar ese ambiente delicioso en que nacía á la vida libre un país dotado por la Naturaleza con riquezas de todo género, y llamado á grandes destinos.....

También se arrojaron al pueblo multitud de monedas, y el Ilustre Colegio de Abogados que rodeaba el tabladillo, distribuyó profusamente medallas de plata conmemorativas del acto, y cuyas inscripciones por el anverso y reverso, eran, respectivamente: "Lima libre juró su Independencia en 28 de Julio de 1821"—"Bajo la protección del Ejército Libertador del Perú mandado por *San Martín.*"

Terminado el acto en la Plaza Mayor, la comitiva siguió bajo arcos triunfales con igual objeto á las demás de la ciudad; y al presentarse, de regreso, salió de Palacio á su encuentro el arrogante marino Lord Thomas Cochrane acompañado de sus ayudantes y otras muchas personas de encumbrada posición, y estrechando con viva efusión la noble mano del egregio capitán argentino, se unió á él en medio de las más delirantes aclamaciones de los concurrentes.

Aquella noche, los salones lujosísimos del Ayuntamiento, recibieron á las distinguidas familias invitadas á un gran baile por el Libertador, quién, con su trato afable y su correcta apostura, cosechó la simpatía y admiración de toda esa selecta sociedad.

El 29 se realizó un solemne *Te Deum* en la Catedral, con asistencia del Arzobispo y corporaciones eclesiásticas y civiles: pronunciando el panegírico un religioso franciscano—Fray Jorge Bastante—primer Capellán de

Gobierno que ha tenido la República, distinción á que se hizo acreedor por especiales servicios prestados á la causa de la libertad.

En la noche, se repitió el baile, no ya en el Cabildo sino en el mismo Palacio, y los regocijos públicos continuaron también hasta el amanecer, sin que ocurriera caso odioso ni desgracia alguna.

Así, con este júbilo, legítimo y admirable,—y que debería ser eterno—recibió y celebró el Perú la solemne declaratoria de su Independencia.

---

## 17 de Agosto de 1850

Los años pasan, las generaciones se suceden y nada, ni las radicales transformaciones que por la acción natural del tiempo se operan en la vida de los pueblos, puede borrar del agradecido corazón peruano el recuerdo meritísimo y simpático de las acciones generosas, los sacrificios consumados y las glorias alcanzadas por nuestros padres ilustres en las azarosas campañas que determinaron la libertad de este Perú querido.

Puede decirse que nuestra historia es la historia de medio Continente Americano. Y ante tal afirmación, yérguese resplandeciente, en cada una de sus páginas, la figura colosal del *Generalísimo de los Andes* que, ora político, ora militar, no habrá quien, propios y extraños, le niegue el primer puesto, (1) el puesto de honor entre los paladines de la magna época.

Joven aún, á la edad de treintaidós años, alcanzada la independencia de su país en 1810, no fué á buscar el dulce reposo del hogar sino á seguir cruzando los bosques y desafiando el furor de las aguas para redimir con su esfuerzo y su sangre á los hermanos oprimidos.

Y así vino en buena hora hasta Lima, después de arrancar á Chile, en Chacabuco y Maipú, de las agudas garras del León Ibérico que durante tres siglos dominaba soberbio estas tierras.

---

(1) En el decreto del Congreso reunido en Lima el 20 de setiembre de 1822, votando una acción de gracias al general San Martín, se declara que "es el primer soldado de la libertad".

En efecto, sellada con gloria la batalla de Maipú el 5 de abril de 1818, invocábase aquí con fervoroso anhelo el nombre, yá célebre, de José de San Martín. y se abrigaba en todos los círculos sociales la grata esperanza de que ese noble argentino vendría con sus veteranos á ponerse al frente de los grupos dispersos de patriotas ó *guerrilleros* que poco ó nada podían ofender al enemigo.

La posibilidad de realizarse aquella expedición produjo ostensible desconcierto en las fuerzas españolas, y la opinión se dividió. Pero túvose, al fin, noticia segura de que el egregio Capitán se había embarcado con dirección á nuestras costas, y entonces el ejército realista que acababa de engrosar sus filas con la división del Alto Perú que venía de Sisicaya á las órdenes de Valdez y Seoane enmendó su torcido rumbo y preparóse á la resistencia. No obstante, había dudas respecto á la fecha de la salida y, por lo tanto, temores acerca del punto donde debía desembarcar. Ceryó oportuna dicha estación el Excmo. señor Virrey, que lo era don Joaquín de la Pezuela, y nos ofreció, anticipándose al ilustre San Martín, el solemne acto de la *Jura*, no de la Independencia, ciertamente, sino de la Constitución española; verificándose tan suntuosa ceremonia en las plazas públicas de Lima—como el 28 de Julio del siguiente año lo hicieran los patriotas—el día 8 de setiembre de 1820, en el mismo instante en que don José de San Martín echaba tranquilamente á tierra sus tropas en las playas de Pisco.

No es aventurado sostener que fué ésta la primera piedra del grandioso edificio de la libertad, hábilmente colocada por el inmortal guererro argentino. San Martín ocupó Lima, meses después, el 9 de julio de 1821, según lo hemos manifestado ya.

*
* *

Labor que jamás tendrá el Perú cómo corresponder, fué la que durante dos años se impuso con abnegación y desprendimiento ejemplares el valeroso campeón de la gran causa americana. Y así como organizó ejércitos, reformó en lo posible los malos hábitos. A todo atendía, en todo ponía su mirada de águila. A la par que llamaba á los hombres en sus proclamas moviéndoles con frases de

aliento el interés por la patria, dirigía á las damas tiernas y sublimes palabras para recordarles el deber en que se hallaban, como esposas y madres, de contribuir al mejor éxito de la lucha por la libertad.

Detallar en estas pocas líneas aquella labor necio sería. Si en los campos de batalla le esperaba de continuo el enemigo, en el seno de esta sociedad grandes contratiempos tuvo que vencer, horribles decepciones que sufrir; siendo el epílogo de tan brillante obra, la histórica entrevista que tuvo con Bolívar en Guayaquil y en la que el héroe argentino se mostró cuan grande era.

Habíase puesto en extremo vidriosa la situación. En los altos círculos políticos se daba como necesaria la cooperación de Bolívar para dar pronto y feliz término á la guerra. San Martín, con una modestia que le honra, no solo aceptó la idea, sino que marchó al encuentro de Bolívar á la sazón en Guayaquil. Allí se midieron los dos gigantes, el memorable día 25 de Julio de 1822. La entrevista duró breves momentos y á las cuarenta horas de su llegada embarcábase de regreso al Perú don José de San Martín. "A las 2 de la mañana del 27—dice San Martín al general Miller en una carta dirigida de Bruselas en 1827 que hace poco se ha revelado—me embarqué, habiéndome acompañado Bolívar hasta el bote y entregádome su retrato como una memoria de lo *sincero* de su amistad." Pero entendemos que lo hizo para corresponder el obsequio de una medalla de brillantes que representaba el Sol peruano, encerrada dentro de una rica caja de oro que ostentaba esta inscripción: *El Protector del Perú al Libertador de Colombia;* obsequio que le presentó á su arribo el General San Martín.

Al anunciarle San Martín á Bolívar su visita decíale: "Nos veremos, y presiento que la América no olvidará el día que nos abrazemos." Se vé por esto que el guerrero de los Andes iba poseído de las más sanas intenciones. Pero al despedirse en Guayaquil, sin conseguir su objeto, cual era el de combinar la manera de vencer al enemigo con el auxilio de las fuerzas de Bolívar, díjole á éste: "He convocado al Congreso para el próximo mes; el día de su instalación será el último de mi permanencia en el Perú. *Ahora le queda á usted, general, un nuevo campo de gloria, en el que va usted á poner el último sello á la libertad de América*"...

San Martín regresó al Perú á cumplir lo que á Bolívar había expresado: el 20 de Setiembre, instalado el congreso, dimitió ante él el mando supremo y se retiró á la vida privada, cediendo á su contendor el campo ya expedito para cubrirse de gloria, segun sus propias palabras.

Ah! La ingratitud humana! El libertador de muchos pueblos entró luego á ser el blanco de la infame calumnia. Decíase que bajo la capa del protectorado ocultaba su desmedida ambición; pues pretendía capciosamente fundar aquí sobre las ruinas del Poder español, una nueva y perfecta monarquía, proclamándose él su primer soberano y señor.

Esta malévola especie, que tan honda contrariedad le causara y á la que prestaran anuencia los que se interesaban en obstruir la buena marcha del país, quedó disipada y perdida con el espontáneo alejamiento, alejamiento eterno! del preclaro argentino.

Pero, decíase más: que era impío, que era hereje!....

Tan grave ofensa no puede quedar en pie; y como en este instante nos proponemos honrar su santa memoria, llevaremos á su tumba veneranda, á manera de siempreviva, la auténtica y fiel expresión de la verdad, para que se levante tan torpe acusación y brille sin mancha ni sombra, como tendrá que brillar por todos los siglos, su nombre glorioso.

No hay, no, en ninguna de las páginas de su historia, ni como político, que lo fué del más alto vuelo, ni como militar cuya heroica espada redimió medio continente sud-americano, ni como particular siempre modesto y severo en todos los actos de su vida privada; no hay repetimos, un solo punto que empañe ó haga dudar de su fe católica.

Ni es posible hallarlo, ciertamente. Porque un hombre de su talla moral, que tales problemas resuelve, es un ser predestinado, escogido por la Providencia para elevados destinos, y no por odios grotezcos ó emulaciones de mala entraña, hemos de aceptar vagas versiones contradictorias de una alma limpia y bien templada como la de este americano ejemplar.

Narremos.

Sellada en Maipú la independencia de Chile, el General San Martín tuvo á bien emprender viaje de regreso

á Buenos Aires, con el fin de procurarse los elementos que necesitaba para continuar la jornada que debía encontrar su término en Lima.

Pasó, con tal motivo, por la ciudad de Mendoza, y convencido de que á Dios, al Dios justo de las batallas, debia el brillante triunfo de la de Maipú, detúvose en la iglesia conventual de San Francisco de esa ciudad y entregó piadosamente al Guardián de la comunidad un riquísimo bastón, el más valioso de los que poseía, con la carta que sigue y cuyos conceptos dan claro testimonio de las buenas ideas que en materia de fe religiosa albergaba su noble corazón.

Dice la esquela:

"La decidida protección que ha prestado al ejército "de los Andes su patrona y generala, nuestra Madre y Se- "ñora del Carmen, son demasiado visibles; un cristiano "reconocimiento me estimula á presentar á dicha Seño- "ra, que se venera en el convento que rige Vuestra Pater- "nidad el adjunto bastón, como propiedad suya y como "distintivo del mando supremo que tiene sobre dicho "ejército.—Dios guarde á V. P. muchos años.—*José de "San Martín.*"

"Mendoza, agosto 12 de 1818."

Cumpliéndose los deseos del ilustre guerrero argentino, el bastón fué pronto depositado en las manos de aquella efigie. Estuvo allí durante más de cuarenta años. Pero sobrevino fatalmente el terremoto de 1861, y el templo de San Francisco quedó casi en escombros. Hubo entonces que hacer labor muy delicada para encontrar la prenda, lo que se consiguió después de cuatro meses.

En tales condiciones, el bastón era considerado más que como reliquia histórica, como objeto religioso; y así, las discusiones que luego se suscitaron acerca del empleo que había de dársele no fueron de escaso interés. Alguien insinuaba que se le adjudicase á San José, por razón de su sexo; alguien, que fuese entregado para su mayor seguridad al Rvdmo. Arzobispo. Y como la solicitud del Gobierno para que se enviase el bastón al Museo Histórico Nacional había sido denegada por el R. P. Salas, Guardián del Convento, acordóse por un núcleo de vecinos notables de la localidad, que la valiosísima prenda en cuestión fuese encomendada á cierta y muy respetable

matrona, para que la conservase en su poder; y con las debidas formalidades la entregase todos los años el 16 de Julio, festividad del Carmen, á efecto de que la efigie de esa Virgen, que es sacada en andas aquel día, la ostentase durante la procesión.

El mencionado bastón, que hasta hace doce años no había variado de guardadora, mide, aproximadamente, un metro y es de cuerno, delgado y algo flexible; el puño es un magnífico topacio, pulido y engastado en oro; el regatón, de acero y largo. Se cree que este bastón le fué obsequiado por el General O'Higgins.

Poseía, como puede comprenderse, otros muchos bastones, uno de los cuales era usado por los gobernadores de Mendoza en las ceremonias oficiales, y hoy se halla muy merecidamente en poder del notable estadista D. Estanislao S. Zeballos, obsequiado por el general Roca.

Pero el de su predilección, el *bastón de mando*, según propia expresión, es el que cedió con la histórica carta que reproducimos, *á la patrona y generala del ejército de los Andes, madre y señora del Carmen.*

¿Y cabe en una conciencia honrada, que quien así procede es impío, es hereje?

En el manifiesto que lanzó en Pisco el 13 de Octubre de 1820 decía: "el juramento que tantas veces hemos hecho *al Eterno*....."

No. Don José de San Martín, hombre de elevadas convicciones, fué un católico sincero. Y en el hogar que formara por sacramental unión con una piadosa é ilustrada matrona, la fe de Cristo era su más sólida columna, y el emblema redentor el primer blasón de su nobleza.

*
* *

Tantos desengaños, produjeron en el ánimo de "el primer soldado de la libertad" honda tristeza, á punto tal, que emprendió viaje á Europa, resuelto á no volver.(1)

(1) La señora María de los Remedios de Escalada, esposa de San Martín, falleció en Buenos Aires el 3 de Agosto de 1823, y el año siguiente le fué erigido un mausoleo en el cementerio de la Recoleta y cuya única inscripción, dice: *Aquí yace Remedios de Escalada, esposa y amiga del General San Martín.*

En 1824, después de dejar San Martín en aquella sepultura los restos de su esposa, se marchó á Europa.

Se estableció en París en compañía de su hija Mercedes á quien amaba con paternal delirio. El invicto argentino buscaba en el purísimo afecto de padre el consuelo y la realidad de las cosas que el miserable trato mundano había negado á sus extraordinarias virtudes, á su alma noble!

El torbellino de la sociedad le angustiaba, y le era menester vivir lejos de estos centros de mezquindad y de lodo.

Sin embargo, la suerte, el simple recuerdo de su patria lo hizo alguna vez quebrantar sus propósitos de no volver. Y volvió en 1829 á Buenos Aires, de incógnito, bajo el nombre de *José Matorras*. Pero no desembarcó. Era entonces Ministro General de Gobierno el doctor Dias Velez, y envió á su ayudante con una carta felicitando al venerable San Martín por su arribo á la patria y suplicándole que bajara á tierra. El padre de cinco naciones contestó agradeciendo, y á la vez declaró que no desembarcaría; entregando su respuesta con estas palabras que demuestran incontenible dolor moral: *Diga usted á Días Vélez que sea feliz*, SI PUEDE SERLO!

Y es que su obra había sido descuidada, despreciada. Al pasar por Río Janeiro se enteró de la revolución encabezada por Lavalle; en Montevideo, del fusilamiento de Dorrego, y entonces convencido de que los americanos del Sur, sus hijos, no habíamos hecho buen uso de la libertad que tantos sinsabores le costara, resolvió no desembarcar y volverse á Europa, como lo hizo.

Y allá pasó los últimos años de su vida. La enfermedad al corazón de que padecía lo llevó á la tumba el memorable 17 de Agosto de 1850, á la edad de 72 años.

Por consejo de su médico, el doctor Jardón, trasladóse á *Boulogne-sur-mer* donde tomó en arrendamiento el primer piso de la casa propiedad del abogado Gérard, situada en la *Grand rue, 105*. El clima no le fué favorable, pero como ya había vendido su casa de campo de Grand Bourg que adquirió en 1833 á ruego de su predilecto amigo el banquero Aguado que habitaba por esas inmediaciones un magnífico castillo, decidió quedarse allí.

El general había guardado cama por espacio de dos semanas. Su estado inspiraba temores. El 17 se sintió aliviado y abandonó la cama. Pero como su dormitorio se hallaba inmediato al de su hija, muy despacio, demostrando alguna postración, pasó y se recostó en el lecho de

esta. Momentos después experimentó cierto malestar que puso en alarma á los suyos. El médico no tardó en llegar, y los dolores no cesaban; por el contrario, eran cada vez más agudos. Entonces, comprendiendo el ilustre paciente que su fin se acercaba, volvió la mirada hacia su hija, y con palabras entrecortadas é indicándole que saliese para que no lo viera morir, la dijo:—*c'est l'orage qui méne au port!* (Es la tempestad que nos lleva al puerto.) Y expiró tranquilo.

La muerte del justo!.....

# DON SIMÓN BOLÍVAR

Las dilaciones é incertidumbres á que estaban sujetos nuestros pueblos, después de jurarse la independencia, hacía, para afianzar ésta, que demandásemos el esfuerzo de todo americano que en la magna empresa de libertar el sur del continente se hubiese distinguido por sus talentos militares, valor y perseverancia.

Fué así como uno de nuestros libertadores—el inmortal Bolívar—vino en auxilio de nuestra causa, por resolución del Congreso de Colombia que acogió generosamente su solicitud.

Conocedores de las hazañas realizadas por el General Bolívar en los campos de batalla y que dieron por inmediato resultado la incorporación de la capitanía general de Venezuela entre los países libres, el gobierno y los hombres públicos del Perú reclamaban constantemente sus servicios, por diversos medios.

*Yo ansío por el momento ir al Perú: mi buena suerte me promete que bien pronto veré cumplido el voto de los hijos de los Incas, y el deber que yo mismo me he impuesto de no reposar hasta que el Nuevo Mundo haya arrojado á los mares todos sus opresores.* Esto decía Bolívar á don José Joaquín de Olmedo, en Quito, contestando al discurso que éste pronunciara como representante del Perú instando al vencedor de Boyacá y Pichincha á que contribuyese con su espada á la redención de estos cautivos.

Las palabras del ilustre cantor de Junín decidieron tal vez á ese campeón de la libertad á pedir la venia del

MUSEO NAVAL DEL PERU
Biblioteca
Dr. Julio J. Elías Murguía

Cuerpo Legislativo de Colombia para venir al Perú, y el permiso le fué concedido "bajo la condición de que su "ausencia no ha de prolongarse por más tiempo que el "absolutamente preciso para la consecución de la seguri- "dad de la República Peruana", el 4 de Junio de 1823.

No se hizo esperar mucho el valeroso y hábil guerrero venezolano. Su voluntad de acero venció luego las dificultades de una peligrosa navegación, y antes de noventa días—el 1.º de Setiembre—se presentó en las aguas del Callao, con gran sorpresa de ese vecindario.

Impuesto de tan feliz suceso, el gobierno decretó inmediatamente que formara todo el ejército en el camino que conduce al vecino puerto; que la ciudad se embanderase; que las campanas se echasen á vuelo al hacer su ingreso á la capital el recién llegado; que hubiera salvas de 22 cañonazos, iluminación y otros regocijos populares.

Pocas veces la tradicional alegría y franca expansión de las gentes de Lima, y de las que apenas existen ligeros rastros, alcanzaron mayor altura. La impaciencia se calmó al fin: á las tres de la tarde el huésped, perdido casi en medio del inmenso gentío que frenéticamente le aclamaba, asomó por la entonces *Portada del Callao* y recorrió en triunfo las calles de la Metrópoli hasta el domicilio que se le tenía preparado.

Y luego vinieron los banquetes, el primero de los cuales, de cien cubiertos, se le dió en Palacio, Lo ofreció, en verso, el doctor don Justo Figuerola, Presidente del Congreso; siguiéndole en el uso de la palabra el Jefe del Gobierno don José Bernardo de Tagle, el general O'Higgins, el sabio doctor don Hipólito Unánue, el general Guido y el ministro colombiano.

A todos contestó el héroe, llamando desde ese instante la atención por su elevación de ideas y grandilocuencia; y cuatro días después obtuvo otro éxito al declarar ante el Congreso que ponía su espada al servicio del Perú, prometiendo vencer ó morir.

He aquí, pues, cómo y por qué tuvimos á nuestro lado al libertador Simón Bolívar.

Bolívar era acaudalado. Fué á España y contrajo matrimonio con una madrileña de alta alcurnia. Tenía gran decisión por la literatura y ha dejado piezas de este gé-

nero que son verdaderos tesoros. Luchó tenazmente por la libertad de su patria y por la de otros estados americanos, y murió en 1830.

Su conducta en lo relativo á nuestro país ha sido ya juzgada, y como se trata de una personalidad histórica de primera línea en los anales del mundo moderno, no podemos decir aquí, si se le ha juzgado apasionadamente ó no.

# DON ANTONIO JOSÉ DE SUCRE

Si en cualquier momento al hablarse de la independencia de los países americanos del sur, el nombre de Antonio José de Sucre brilla refulgente en nuestra memoria, justo es que en los días que de antaño tenemos designados para la celebración de la patria, rememoremos siquiera así, á vuela pluma, las glorias alcanzadas por tan eminente guerrero en aquellas tremendas jornadas que demandaron esfuerzo titánico y se atrajeron la admiración del orbe entero.

Militar y Político, el Gran Mariscal de Ayacucho comenzó su labor en pro de la libertad de este medio continente en 1810, cuando apenas contaba 17 años de edad. Su talento para la organización de tropas regulares y su bizarría en todas las acciones de armas en que por entonces tomara parte en su país, Venezuela, valiéronle la más decidida amistad de Bolívar con quien, á partir del año 1813, se vinculó tan estrechamente que solo la muerte pudo separarlos. (1)

Son muchos los reveses y muchas también las victorias que registra en su vida guerrera este americano ilustre. Empeñado primero en la lucha magna para redimir de la esclavitud á estos pueblos que no han sabi-

(1) Sucre y Bolívar bajaron á la tumba el mismo año: 1830. El primero en Junio y el segundo en Diciembre. También en 1830, en Octubre, murió otro campeón de la Independencia: el Gran Mariscal D. José de La Mar.

do corresponder á tanta abnegación y sacrificio, y después en la difícil tarea de la reorganización de las instituciones que debían conducirlos por la senda de la soñada grandeza, el noble Capitán, decepcionado, afanoso de poner término á las constantes agitaciones de cuatro lustros, quiso encontrar al lado de los suyos el alivio, tranquilidad y consuelo que su espíritu anhelaba. Partió pues, gozoso en busca del hogar, y, vencida ya la mayor distancia, la mano de un malvado cortó en las soledades de la montaña el hilo de su existencia. (1)

---

(1) El 20 de Enero de 1830 instaló Bolívar el Congreso Constituyente de Bogotá, ante el que renunció el mando supremo, y aunque su renuncia no fué aceptada, los méritos de Sucre, sus grandes dotes como guerrero y como político hasta el punto de llamarle Bolívar "el más grande General de Colombia", dieron lugar á que la opinión pública le señalase como obligado sucesor del Libertador. Entonces comenzaron las intrigas, tomaron vuelo las pasiones y la negra idea de asesinar al Gran Mariscal de Ayacucho surgió en la mente de un miserable como medio de llegar al Poder. Y así fué. Sucre, que había resuelto ya abandonar el campo de la política, emprendió lleno de confianza su viaje á Quito para unirse á su familia, y al atravesar el despoblado de Berruecos el 4 de Junio del citado año de 1830, cuatro bandidos dispararon sus armas sobre él causándole una muerte instantánea. El cadáver presentaba dos heridas en el cráneo y una en el corazón, y fué recogido por la esposa de Sucre, doña Mariana Carcelen y Larrea (Marquesa de Solanda) y sepultado en el convento de San Francisco de Quito. Pero andando el tiempo el Prelado Meneses, en 1882, dispuso que esos restos venerados fuesen trasladados á la bóveda de los religiosos, y como no se les fijase punto de colocación, costó labor fatigosa encontrarlos cuando el Presbítero Dr. Antonio José de Sucre, sobrino del Gran Mariscal, llevó á la capital del Ecuador, en 1894, el encargo de Venezuela de recoger esos preciosos despojos mortales para darles en Caracas la honrosa sepultura que merecen. Todos los años, el 4 de Junio, la viuda de Sucre hacía colocar en ese templo el pequeño cajón que contenía los restos del que fué su esposo, y se celebraba allí un oficio fúnebre; pero desde que ella dejó de existir, en 1864, nadie volvió á acordarse de aquellas reliquias hasta 30 años después en que algún plan político hizo necesario apelar *al amor patrio* para su pronto y seguro desarrollo.

El crimen de Berruecos conmovió hondamente á la joven América, pero quedó impune. Los individuos que asesinaron al Abel de Colombia fueron simples instrumentos: otro fué el Caín. El Comandante Apolinar Murillo condujo á los tres soldados que hicieron fuego sobre el valeroso vencedor de Pichincha; y los tres soldados no regresaron á dar cuenta del encargo porque fueron oportunamente envenenados.

MUSEO NAVAL DEL PERU
Biblioteca
M. Julio J. Elías



**Cráneo del General Sucre**

Se advierte en él, la perforación de un proyectil.—La osamenta del *Gran Mariscal de Ayacucho*, que debió guardarse en caja de oro, fué hallada bajo el altar de Santa Rosa de Lima, en el templo de San Francisco, de Quito, por el presbítero español Don Pablo Moreno, en 1894, según lo hemos dicho. Moreno, como deudo de un franciscano, Fray Eugenio Baroja, español también y amigo y admirador de Sucre, conservaba los papeles que sirvieron de derrotero para dar con tan preciosas reliquias, defendidas, pues,—¡oh, la ingratitud nuestra!—por españoles.....

Pero, echemos al olvido las mil escaramuzas y pequeños combates en que tan lucido papel desempeñara el héroe cumanés, para dar paso á las batallas que resolvieron el gran problema.

¡Ved á Sucre en los memorables días de Mayo de 1822, ora en las faldas del Cotopaxi, ora en las llanuras del Iñaquito, multiplicándose y venciendo imposibles para obtener, como obtuvo al fin, el 24 de dicho mes, completo triunfo en los altos de Pichincha sobre el formidable enemigo que en desesperada derrota se guareció en Quito, para capitular horas después, intimado por el valeroso general venezolano!

Es esta una de las más bellas páginas que nos ofrece el gran libro de la historia de nuestra independencia. La batalla de Pichincha selló la libertad en el Norte y acrecentó en mucho el prestigio de la causa americana.

¡Ved á Sucre meses más tarde, en 1823, desafiar sin descanso las iras del célebre Brigadier Rodil, que ocupaba Lima, y acosarle tenazmente con su ejército de patriotas para posesionarse luego de las fortalezas del Callao!

¡Ved á Sucre, por último, el glorioso 9 de Diciembre de 1824, en los campos de Ayacucho desarrollando prácticamente y con la decisión y sereno valor de un Napoleón, el plan de combate que en las horas de calma había estudiado con rara habilidad y cálculo militares!

Y así como quedó rendido á su voz, en Quito, el ejército español que defendía el Norte, así también se riudió á su voz en Ayacucho, prisionero yá y herido el Virrey Laserna, el que comandaba el temible Canterac: quedando desde ese instante asegurada la libertad de cinco naciones. El 12 de Febrero de 1825, cuando la América toda reposaba tranquila y celebraba con ardoroso entusiasmo el triunfo definitivo de su noble causa, el doctor don José Sánchez Carrión, notable hombre público peruano de esa época y á la sazón Ministro de Estado en el Departamento de Gobierno y Relaciones Exteriores, leía en su Memoria al Congreso Constituyente, reunido en Lima, las siguientes líneas que dan clara idea de lo que al invicto Sucre debemos.

"El General Sucre—dice Sánchez Carrión—ha recorrido tres veces todo el interior por donde han pasado,

podido ó debido pasar los cuerpos, y sacrificando todos los momentos de su existencia en este tiempo, ha vencido cuantas dificultades pudieron oponer los desfiladeros, las cordilleras, las punas y toda la fragosidad de la serranía; de modo que puede asegurarse que el General Sucre *ha llegado donde jamás tocó planta humana.*"

"El se ha olvidado muchas veces de que era General, para acordarse únicamente, que era un soldado, un patriota, un amigo del Perú, un americano".

Y era así, en efecto. Sucre, desde la adolescencia, pasó sus días en constante desvelo, sin dar cabida en su cerebro poderoso á otra idea que no estuviese en relación con sus elevados propósitos de dar libertad á esta interesante porción del continente colombino.

En carta del Libertador Bolívar á Sucre dirigida de Lima el 21 de Febrero de 1825, le decía: "Ud. créame, General, nadie ama la gloria de Ud. tanto como yo. Jamás un Jefe ha tributado más gloria á un subalterno. Ahora mismo se está imprimiendo una relación de la vida de Ud. hecha por mí; cumpliendo con mi conciencia le doy á Ud. cuanto merece. Esto lo digo para que vea que soy justo: desapruebo mucho de lo que no me parece bien, al mismo tiempo que admiro lo que es sublime".

Sucre era conciliador, benévolo, sagáz. Después de la batalla de Junín se consagró, según refiere un historiador americano á la organización activa de hospitales y á procurar sin descanso el alivio y salvación de los heridos y enfermos; obteniendo un gran triunfo con la curación de no menos de dos mil soldados, que á no mediar la labor humana y perseverante de su nobilísimo General, habrían perecido, ocasionando tal desgracia, además, serios trastornos á la causa de la libertad.

Pero todo esto ha caído en saco roto para la gratitud nacional. En el primer momento, es decir, cuando el eco de la victoria de Ayacucho nos hizo gritar por calles y plazas el ya sarcástico *Somos libres* y la presencia del héroe enloquecía á las masas, *la patria* se manifestó muy reconocida. Dictóse por aquellos días, en 27 de Diciembre de 1824, un decreto declarando que la gloriosa batalla del 9 se debía "exclusivamente á la habilidad, valor y heroísmo del General en Jefe Antonio José de Sucre"... Que al General en Jefe Antonio José de Sucre se le nom-

MUSEO NAVAL DEL PERU
Julio J. Elías Murguia



**Doña Ana María de Alcalá**

MADRE DEL GENERAL SUCRE

Era doña Ana María de Alcalá, esposa de don Víctor Sucre, y descendía de la ilustre casa de los duques de Alcalá, el segundo de los cuales fué casado con Juana Cortés hija del conquistador de México, Hernán Cortés.—Parece que la madre de nuestro inmortal Prócer debió su nombre á la circunstancia de haber sido la última poseedora del título, doña *Ana María* Luisa, esposa del duque de Medinaceli, don Antonio Juan Luis de la Cerda.

Y así como era noble por derecho de sangre, lo era, y más, por sus sentimientos delicadísimos.

braba "Gran Mariscal, con el sobrenombre de *General Libertador del Perú*" que merecido lo tenía.

Y que en el campo de batalla de Ayacucho se levantase " una columna consagrada á la gloria de los vencedores, colocándose en la cima el busto del Benemérito General Antonio José de Sucre"...

Lo único realizable, práctico que contiene el decreto se llevó á cabo 73 años después, el 29 de Julio de 1898, merced á las gestiones del Coronel don Pedro Portillo que desempeñaba la prefectura de ese Departamento.

La columna es muy sencilla; no hay por lo tanto la "riqueza, gusto y propiedad" que encarga el decreto para que el monumento responda á la gratitud del Pueblo.

Ni siquiera se ha colocado el busto del *Libertador del Perú y Gran Mariscal de Ayacucho.* (1)

En su lugar y contrariando lo dispuesto, corona el modestísimo homenaje á tan singular grandeza un figurón que representa la libertad....

(1) Este último título se le confirió por resolución del Congreso de 12 de Febrero de 1825.

# DON MARIANO NECOCHEA

La emancipación política del Nuevo Mundo, que hoy en poco se estima, es uno de los más gloriosos hechos que registra la Historia, y es por lo mismo deplorable, y más que deplorable acusador, que no haya producido los frutos que se imaginaron los hombres generosos y abnegados que tan sabiamente la concibieron y tan valerosamente la realizaron.

¡Cuántos de nuestros amados padres al ver á estos países empeñados en luchas innobles, fratricidas y escandalosas, por tierras y dineros que tan poco valen ante la conciencia universal, volverían á la tumba arrepentidos de su obra con indignación y vergüenza!

El gran Mariscal Necochea nació en Buenos Aires el 7 de setiembre de 1791. Se educó en España y regresó á su país en 1811, meses después de declararse la libertad; ingresando en seguida al ejército del Alto Perú. Grado por grado, desde alférez y distinguiéndose por su valor y habilidad para la carrera de las armas, llegó á teniente coronel en momentos en que el ilustre San Martín, que ya lo conocía, organizaba el ejército que debía traer contra la dominación española de por aquestos confines. Nombrólo entonces comandante del quinto escuadrón de granaderos. Y se abre desde aquí una nueva era de glorias para esta gran figura americana. Fué héroe en Chacabuco, conservó su regimiento en el desastre de Cancha Rayada, y, por último, selló la libertad de Chile en Maipú, en 1818, se-

cundando con singular bizarría al generalísimo de los Andes.

La partida de ese ejército de la ciudad de Mendoza y el papel de Necochea en las batallas mencionadas, los recuerda el inolvidable sabio y poeta peruano José Arnaldo Márquez, así:

.....

Entonces diciendo ¡adios!
á Mendoza, la risueña,
escala la áspera breña
del gran idëal en pos.

Y junto á la eterna nieve,
sobre el abismo profundo,
á libertar medio mundo
todo su ejército mueve.

Al frente en esos senderos,
por Necochea mandados
van marchando los soldados
del glorioso "Granaderos".

Y ni fatigas ni afanes,
ni el duro rigor del clima,
la constancia desanima
de esa legión de titanes.

Y, refiriéndose á Chacabuco, dice:

.....

Largo y rudo es el combate;
pero en el cuadro confuso
de movimiento y de sangre,
de polvo y de fuego y de humo,
San Martín y Necochea
y O'Higgins van de consuno,
mensajeros del Destino,
á dar libertad á un mundo!

.....

Era ya coronel, en 1820, cuando San Martín emprendía nueva campaña para redimir al Perú. Necochea se alista en las filas de los esforzados argentinos y renueva

sus bríos afanoso por contribuír, como contribuyó poderosa y eficazmente á la satisfactoria resolución del árduo problema que mantenía en grave espectación al orbe entero.

Su conducta fué la misma, invariable, y palmo á palmo disputó al enemigo, siempre al frente de los suyos, el campo del triunfo, hasta merecer por el famoso sitio del Callao el grado de general de brigada.

El retiro de San Martín, de quien había sido inseparable y leal compañero, y otras vicisitudes que con posterioridad pudieron quebrantar su ánimo, lejos de inducirlo á abandonar sus nobles propósitos, cooperaron afortunadamente al más vivo anhelo del digno paladín de la causa americana.

Le quedaba, pues, por conquistar otra gloria el memorable 6 de agosto de 1824: la gloria de Junín que propiamente llamarse puede ¡la gloria de Necochea!

Con siete heridas de mal carácter en el cuerpo, deteniendo el empuje del formidable enemigo, en combate de hombre á hombre á espada y lanza, á la cabeza de sus fuerzas, la actitud del invicto Necochea está esbozada en los siguientes versos del eterno Olmedo en su canto á Junín:

. . . . . .

¡En tanto el argentino valeroso
Recuerda que vencer se le ha mandado,
Y no ya cual caudillo, cual soldado,
Los formidables ímpetus contiene
Y uno en contra de ciento se sostiene!

¡Oh, capitán valiente,
Blasón ilustre de la ilustre patria!
No morirás: tu nombre eternamente
En nuestros fastos sonará glorioso.
Y bellas ninfas de tu *Plata* undoso
A tu gloria darán sonoro canto
Y á tu ingrato destino acerbo llanto.

Restablecido de las graves heridas, el héroe de Junín marchó á su país y tomó activa participación en la guerra con el Brasil. Pero el cariño que sentía por este suelo que libertó con su espada, lo atrajo de nuevo al Perú en 1827, y continuó prestando sus inapreciables servicios

en todos los conflictos en que por entonces se halló nuestra patria con los vecinos del Norte.

El general Necochea se estableció definitivamente entre nosotros, y justo es anotar que el afecto que demostró siempre por el Perú le fué con sinceridad correspondido. En todas las clases sociales de Lima, la presencia del campeón argentino era celebrada con legítimo entusiasmo; especialmente, en los regocijos públicos de los días de la patria.

El general Necochea era de pequeña estatura y muy ágil. El año 43 sufrió una caída y se malogró la pierna derecha; pues, enterado de la orden de fusilamiento de los jóvenes Lastres y Verástegui, encaminóse luego á palacio con el objeto de influir en el ánimo del presidente Vivanco y evitar el terrible lance. Pero como no lograra penetrar, á causa de haberse encerrado en su despacho el citado general para no escuchar súplicas de nadie, Necochea pretendió llegar á él subiendo á pulso por una ventana, y cayó de considerable altura.

En esa época era miembro del Consejo de Estado. También fué Director de la Casa de Moneda, desde 1833 hasta 1837.

El año 46, la tisis comenzó á minar su preciosa existencia y el 5 de abril de 1849, aniversario de la batalla de Maipú en la que tan altos puntos alcanzara el ínclito argentino, el pueblo de Miraflores recogía su postrer aliento.

Embalsamado el cadáver, trasladósele á la capital el día 10 á las 2 de la tarde, entrando con gran acompañamiento por la portada de Guadalupe hasta el templo de San Francisco en donde se le hicieron, el 11, pomposos funerales, con asistencia del Consejo de Estado, Cortes de Justicia y rodeando el ataud los generales Aparicio, Pardo de Zela, Sierra, Deustua y O'Brien.

Las cintas del féretro fueron tomadas por los coroneles Caravedo, Montes, Izquierdo y Dueñas que habían sido compañeros suyos en la batalla de Junín. Y escoltaban el cadáver, emocionados, muchos viejos soldados de la Independencia.

Aquel día fué de verdadero duelo para este vecindario. Y como no había aún líneas férreas, el sentimiento público pudo traducirse fielmente por el número de per-

sonas que á pie ó en vehículos, y visiblemente consternadas, trasladáronse á Miraflores durante los días que permaneció allí el cadáver del glorioso argentino.

He aquí, en síntesis, la vida del Gran Mariscal don Mariano Necochea; vida que sintetiza tambien la secular y cordial fraternidad que desde la magna época une á la República Argentina con el Perú, y que la malevolencia de otros países no pudo, ni podrá jamás interrumpir. Ambos pueblos, en todas las ocasiones favorables de su vida política, se han mirado con franca simpatía, han procurado estrecharse y confundirse en armonioso y hondo afecto; y si auxilio positivo no pudieron prestarse en momentos de dificultades internacionales, debióse á la distancia que, por desdicha, los separa. Pero si como nación, allá, en 1879, la República Argentina hubo de resignarse á contemplar con inmenso dolor el cuadro de nuestro infortunio, sus hijos, animados del mismo amor á la justicia, del mismo respeto por el derecho y de igual corriente de cariñoso americanismo que el egregio José de San Martín, volaron á nuestras playas con las armas en la mano, y sangre de sus nobles pechos regó luego los campos del Perú que habían sido tomados por asalto. Y mientras Saenz Peña y Espora, entre otros denodados militares, se agregaban á nuestro débil ejército, Estanislao S. Zeballos é Indalecio Gómez, entre otros estadistas prestigiosos y escritores de honrada conciencia, personificaban con los hechos ese amor á la justicia, ese respeto por el derecho y esa cariñosa fraternidad que argentinos y peruanos juraron solemnemente el 28 de Julio de 1821 en todas las plazas públicas de Lima.

Los restos del Mariscal Necochea descansan en nuestro Cementerio á la sombra de hermoso mausoleo levantado por la gratitud de la nación peruana.

"*Bravo Adalid* de la campiña grata
que undoso riega el cristalino *Plata*
con melodioso son;
Duerme bajo la tumba solitaria
al compás de la triste y fiel plegaria
que te alza el corazón!....." (1)

(1) De una composición dedicada al valeroso argentino, una semana después de su muerte—12 de Abril de 1849—por el que fué nuestro gran poeta Manuel Nicolás Corpancho.

# PRIMER DÍA DE LA LIBERTAD DEL PERÚ

"..... "..... El tiempo de la impostura y del "engaño, de la opresión y de la fuerza, está ya lejos de "nosotros; y sólo existe en la historia de las calamida- "des pasadas. Yo vengo á acabar de poner término á esa "época de dolor y humillación: este es el voto del Ejérci- "to Libertador que tengo la honra de mandar y que me "ha acompañado siempre al campo de batalla ansioso de "sellar con su sangre la libertad del nuevo mundo. "Fiad en mi palabra y en la resolución de los bravos que "me siguen, así como yo fío en los sentimientos y energía "del pueblo peruano.— Cuartel general del Ejército Li- "bertador, en Pisco, setiembre 8 de 1820. Primer día de "la libertad del Perú.—*San Martín.*"

Así termina la altiva y honrada proclama que el noble padre de nuestra nacionalidad lanzó "á los habitantes del Perú", al hollar con su bienhechora planta nuestro suelo querido.

Es de allí de donde parte, efectivamente, la iniciación del gran proceso seguido con valor y habilidad, con abnegación y prudencia, con audacia y previsión por el inmaculado capitán argentino que la Providencia designó para que sus altos designios se cumplieran.

La noticia del desembarco de don José de San Martín al frente de sus soldados agitó profundamente el ánimo del virrey Pezuela, quien, sin más demora se apresuró á dirigir el 13 un oficio al Libertador, declarándole su sorpresa por la inesperada visita, y, además, que no obstante sus

elementos para frustrar con honor de las armas del rey cualquier acto de hostilidad, prefiere "los triunfos de la paz y la razón á los laureles de la guerra"; y le propone inmediatos arreglos por medio de comisionados especiales.

El Libertador le contesta, el 15, que nada le es más grato ni más conforme á los principios que le han guiado desde que comenzó su vida pública, que el "tratar siempre de proporcionar á los pueblos de América la mayor suma de prosperidad con la menor efusión de sangre" y que contaba con suficientes recursos para un éxito favorable; pero que había ordenado suspender la marcha de sus tropas, y sus avanzadas no pasarían de Chincha hasta el término de las negociaciones.

El vecino pueblo de Miraflores en donde el 15 de enero de 1881 se celebró un armisticio bruscamente interrumpido por el invasor, fué entonces designado con igual objeto por los negociadores de la paz.

El Excmo. señor virrey don Joaquín de la Pezuela nombró como sus diputados á los señores: coronel de ejército conde de Villar de Fuente, Dionisio Capaz, teniente de navío y doctor don Hipólito Unánue; y el general San Martín, a los señores: coronel don Tomás Guido, su primer ayudante de campo, y don Juan García del Río, su secretario de gobierno.

Los comisionados pasaron el día 26 en discusiones y proposiciones diversas que dieron siempre resultado negativo, pues San Martín aceptaba todo, menos el no reconocerse por España la libertad del Perú.

Que la situación era para el virrey altamente comprometida y seria, está al alcance de cualquiera. Tres siglos de dominación iban á sacrificarse ante una simple amenaza lanzada por un ejército débil, en fuerza material, y esto no era dable conseguirlo tan de buenas á primeras.

Fracasadas las negociaciones, las altas partes dejaron constancia de sus propósitos para lo futuro en los siguientes párrafos que dan idea clarísima del temple de espíritu de aquellos hombres.

Pezuela dice, desde Lima, á San Martín:

"Tengo á mi cargo la suerte de muchos pueblos dignos de mi mayor cuidado, el honor nacional y la responsabilidad de mi posición pública. Cuando invité á VE.

por la primera vez á una negociación pacifista, le insinué francamente que lo hacía después de haberme preparado política y militarmente, y contar con recursos para resistir con éxito las armas de VE.; y una vez que con harto sentimiento mío no hay otro arbitrio que éste, para que yo salve intereses tan preciosos, me quedará al menos la satisfacción de no haber ocurrido á él hasta dejar agotados los de la razón y la justicia, y la de haberlo ejercitado con todas las consideraciones á que me llaman imperiosamente mi carácter humano y la cultura del siglo. —7 de octubre".

San Martín dice, entonces, desde Pisco, el 13, á la nación:

"Cuando la guerra se emprende por ambición y se continúa por capricho, la fuerza es el único argumento para convencer á los pueblos y responder á la opinión de los hombres. Entonces es que la política toma un carácter misterioso, y que por disimular la perversidad de sus combinaciones, las explican por enigmas para ejecutarlas luego con insidia; pero cuando la necesidad pone las armas en las manos de los que no desean sino el bien público, la franqueza es el gran secreto de todas sus medidas, y la fuerza sólo se emplea como último recurso para obligar á los que la razón no ha podido persuadir"..

La campaña libertadora continuó, pues, con brío y perseverancia. La semilla arrojada en Pisco ó "Puerto de la Independencia", según la ley de 1832, dió pronto abundantes frutos. El General San Martín trasladó en breves días su ejército á Huacho, y al tenerse noticia de este hecho en Supe, el joven Francisco Vidal que más tarde fué presidente del Perú, realizó una de las más grandiosas hazañas de aquella época magna: reunió á doce jóvenes casi niños, como él, y sin más armas que su decisión por la causa de la libertad, lanzáronse á desarmar la guardia y tomar, como lo consiguieron, un escuadrón de más de cien plazas que guarnecía esa costa y custodiaba cuatrocientos y pico de caballos que iban á ser enviados á Huaura con destino al batallón "Burgos" que mandaba el valeroso coronel Otermin. Con este valiosísimo contingente, dinero y prisioneros, amén de otros elementos que allí había, esos esforzados patriotas presentáronse al general San Martín, quien los colmó de ho-

nores; reforzando así considerablemente los medios con que contaba para llevar adelante la difícil empresa.

¿Pero, has advertido líneas antes, joven lector, la declaración de San Martín á Pezuela, de que uno de los principios que le han guiado, desde el comienzo de su vida pública, ha sido el de proporcionar á los pueblos de América la mayor suma de prosperidad, con la *menor efusión de sangre?*

Pues si esa nuestra sangre, que necesariamente tenía que correr al frente del enemigo, se empeñaba el Libertador en ahorrarla ó reducirla, ¿qué diría después, cuando su obra estaba terminada, al ver que entre nosotros mismos, por migajas ridículas, por venganzas cobardes, por aspiraciones de falso encumbramiento, nos hemos despedazado cruel y torpemente, abriendo así, como se abrieron el 79, las puertas de la nación para que un vecino de aviesas intenciones, litigante inescrupuloso, nos sorprendiera inermes, abatidos y atropellara todos nuestros derechos hasta el punto de hacernos retroceder á la conquista?

*¡¡Cada gota de sangre americana que se vierte por nuestras disensiones me llena de amargura!!* Estas hermosas palabras fueron dirigidas por don José de San Martín á su compatriota don Estanislao Lopez, en carta fechada en Mendoza el 8 de Julio de 1819, al tener noticia de haber estallado una revolución, y de haberse roto ya las hostilidades entre las provincias de Santa Fé y Buenos Aires.

Otro tanto le decía cuatro meses antes, al célebre caudillo argentino don José Gervasio Artigas que se hallaba en armas contra el gobierno. Y agregaba: *mi sable jamás se sacará de la vaina por opiniones políticas caseras.*

"El General San Martín—dice el historiador colombiano don Aníbal Galindo—nunca fué ambicioso. Vencedor en San Lorenzo, jamás aspiró al ejercicio del poder en su propio país. Vencedor en Chacabuco y en Maipú, rehusó hasta con desdén la primera magistratura de Chile".

¡Bendita sea la memoria de ese americano genial cuya idea de libertad aplaudimos, cuyo esfuerzo para realizarla admiramos, cuya obra bienhechora agradecemos reverentes!

# BOLÍVAR Y SUCRE EN DESACUERDO

Los hombres que en buena hora (así hay que decirlo) nos dieron libertad, nos dieron ¡Patria!... hombres de carácter, hombres de principios, hombres convencidos y al parecer enviados de lo Alto con "altos" fines, no sólo tuvieron que formar y sostener ejércitos para obtener el triunfo de sus ideas, sino que luchar entre ellos mismos, todos aptos, todos valerosos y animados de los mismos nobles anhelos, hasta resolver con acierto puntos de detalle que podían conducir al desastre.

Bolívar y Sucre que desde el año 13 se unieron estrechamente por los lazos de la profesión; que eran hijos de la misma madre, Venezuela; que se amaban, admiraban y respetaban mutuamente; que la historia de uno puede leerse en las brillantes páginas de la del otro, y que, por último, hasta la muerte quiso dejar testimonio de tan leal compañerismo sacándolos del mundo en el mismo año de 1830 ¿podía sospecharse siquiera que llegarían en alguna ocasión á mirarse mal?

Bolívar era impetuoso; Sucre, sereno.

Todos sabemos que el año 24 en que se resolvió el gran problema de la independencia del Perú, fué de constante agitación para el ejército patriota. Bolívar no se daba ponto de reposo, y con la fe en el porvenir, cuando le preguntaron en Pativilca qué haría en medio de las difíciles circunstancias que amenazaban su empresa, contestó altivamente: ¡Vencer! Y así se lo ordenó más tarde á Sucre, desesperado, al ver que demoraban los refuerzos pe-

didos á Colombia: "busque usted al enemigo—le dice— preséntele batalla y vénzalo".

Después de la victoria de Junín el 6 de agosto del año citado, aunque los españoles sufrieron un gran revés, había que temer, no obstante, á su reorganización, porque los jefes que tenían eran de mucho vuelo, y estaba en la conciencia de ambos enemigos que la lucha terminaría en un próximo encuentro, como sucedió.

Así las cosas, dispuso Bolívar que se encargase Sucre de dirigir la retaguardia del ejército; obedeciendo esta medida á razones fundamentales. Pero Sucre protestó de que se le postergase. No se convenía á ir en segunda línea de reserva, cuando por mil motivos era digno de superior comando. Ofició, con tal motivo á Bolívar exponiéndole con aspereza su contrariedad, á extremo tal, que, en caso de no retirarse la disposición del Libertador, se volvería á su país.

Es fácil suponer la impresión que en el ánimo de Bolívar produciría esa comunicación. Y le dió inmediata respuesta en estos términos:

"Contesto la carta que ha traído Escalona, con una expresión de Rousseau cuando el amante de Julia se quejaba de ultrajes que le hacía por el dinero que ésta le mandaba; "es la sola cosa que usted ha hecho en su vida sin talento". Creo que á usted le ha faltado completamente el juicio, cuando ha pensado que yo he podido ofenderle. Estoy lleno de dolor por el dolor de Ud.; pero no tengo el menor sentimiento por haberle ofendido. La comisión que he dado á Ud. la quería yo llevar, y pensando que Ud. la haría mejor que yo por su inmensa actividad, se la conferí á Ud. más bien como una prueba de deferencia que de humillación. Ud. sabe que yo no sé mentir. Antes de ayer (sin saber nada, nada de tal sentimiento) dije al General Santa Cruz, que nos quedaríamos aquí para dirigir esa misma retaguardia cuya conducción deshonra á Ud., y que Ud., iría adelante con el ejército hasta las inmediaciones ó del Cuzco ó de Arequipa, según la dirección de los enemigos. Si Ud. quiere saber si su presencia por retaguardia era necesaria, eche Ud. la vista sobre nuestro parque, nuestras provisiones, nuestros hospitales y la columna de Zulia todo desbaratado y perdido en un país enemigo, en incapacidad de existir y moverse. ¿Y cuál es la vanguardia que yo he traído? El coronel Ca-

rreño la ha conducido. El General Santa Cruz me ha precedido en seis días. Los enemigos no nos podían esperar, ni nos esperarán en un mes. El ejército necesitaba y necesita de todo lo que Ud. ha ido á buscar, y de mucho más. Si salvar el ejército es deshonroso, no entiendo yo ni las palabras ni las ideas. Concluyo mi querido General por decir á Ud., que el dolor de Ud. debe convertirse en arrepentimiento por el mal que Ud. mismo se ha hecho en haberse dado por ofendido de lo que no debiera, y en haberme ofendido á mí con sus sentimientos. Diré á Ud. por último, que estoy tan cierto de la elección que Ud. hará entre venirse á su destino ó irse á Colombia, que no vacilo en dejar á Ud. la libertad de elegir. Si Ud. se va, no corresponde Ud. á la idea que yo tengo formada de su corazón. Si Ud. quiere venir á ponerse á la cabeza del ejército, yo me iré atrás, y Ud. marchará adelante, para que todo el mundo vea que "el destino que he dado á Ud. no lo desprecio para mí".

Ese estado de tibieza que la situación había creado entre esos dos campeones de la libertad continuó por algún tiempo, pero como los acontecimientos se precipitaban y aproximaban el desenlance, cierto día, el 7 de octubre, casi en presencia del enemigo entregó Bolívar á Sucre el mando del ejército y se encaminó en el acto con Santa Cruz al Norte del Perú.

La resolución del Libertador calmó la tempestad, pero causó extrañeza en todos los países interesados, y aún en los ajenos á la contienda.

Prácticamente, ocurrió entre Bolívar y Sucre lo que entre San Martín y Bolívar en la histórica y breve conferencia de Guayaquil; que en un sólo sitio no podían caber dos titanes. San Martín le cedió generosamente el campo de la gloria á Bolívar y se retiró; caso, por lo menos análogo, al de éste y Sucre que á los sesenta días se inmortalizó en Ayacucho.

Sin embargo, parece que Bolívar fué obligado á ello por un consejo de Oficiales Generales formado por Sucre, La Mar, Santa Cruz, Lara, Córdoba, Miller, Gamarra y O'Higgins, celebrado con motivo de haberse unido el General español Valdez á Laserna y subido así el efectivo del ejército enemigo á 12,000 hombres, no disponiendo el de los patriotas sino de 6,000. Al comunicársele al Libertador el acuerdo del consejo se le dice:

"Señor: tenemos que emprender una retirada peligrosa en presencia de un enemigo aguerrido y valiente que cuenta dos veces nuestro número, y que combatir no sabemos dónde ni en qué circunstancias. Si por desgracia fuésemos derrotados, lo que no es probable, pero tampoco imposible ¿quién, si á V. E. cubriera también el deshonor de esta derrota, quedaría de pie para llamar de nuevo á los pueblos á la guerra? El Consejo es de opinión que el General Bolívar debe retirarse de este campamento para servir de reserva á la América; y V. E. sabe que militarmente el mando de toda reserva se confiere el día de batalla, al más digno y al más valiente".

Con las últimas frases de esta comunicación quedaba plenamente desagraviado el General Sucre de la orden de Bolívar á que hemos hecho referencia y que tan serio desagrado le causara.

Algo de sorda emulación es posible que existiera entre ellos, á pesar de los fuertes vínculos que los unían. Cuando se trata de cubrirse de gloria en el terreno del honor, en el del dinero ó en el del amor de la mujer, los hombres no se andan por las ramas. Y en apoyo de lo que sobre el particular se nos ha subido ahora al magín, tomamos nota de lo que en sus memorias nos refiere O'Leary al dar cuenta de la entrada de Bolívar á Cúcuta, de regreso de Cartagena, en 1820. Dice que él acompañaba en aquel instante al Libertador y que Sucre salió á recibirlo á caballo; pero tan mal montado, que no pudo menos que preguntarle á Bolívar quién era ese pobre jinete que se les acercaba.—"Es, le respondió, uno de los mejores oficiales del ejército: reune los conocimientos profesionales de Soublette, el bondadoso carácter de Briceño, el talento de Santander y la actividad de Salóm; por extraño que parezca, no se le conocen ni se sospechan sus aptitudes. Estoy resuelto á sacarle á luz, persuadido de que algún día me rivalizará".....

Otro hecho que confirma nuestra presunción, y que estuvo á punto de comprometer la jornada de Ayacucho y por consiguiente, la libertad de los países en guerra, es éste: Bolívar, días antes de entregar el mando á Sucre—y contra la opinión de Sucre—mandó avanzar el ejército "cien" leguas al Sur, movimiento que valió á Laserna y Canterác la realización de un plan estratégico que los

acercó mucho á una sorpresa, pero que Sucre, con su acción tranquila y su extraordinario talento militar, pudo evitar oportunamente; y esto realza más la victoria que al mundo guerrero ofreció el Gran Mariscal de Ayacucho y que ninguno de estos insanos y pérfidos pueblos ha estimado en lo que vale.

# EL PRIMER CONGRESO PERUANO

## 20 de setiembre de 1822

Si el *veintiocho* histórico ocasiona todos los años trajines mil, y afecta notablemente el presupuesto doméstico de las familias que á celebrarlo se aprestan, no es cosa de apetecer las andadas y sinsabores que al gobierno le acarrea, en general, y muy especialmente en lo tocante á la instalación solemne del Congreso Nacional, punto culminante de la Constitución del Estado.

Jurada la independencia en aquel día de julio de 1821, anhelo de todos los ciudadanos fué la pronta reunión de los representantes que los pueblos de la república debían elegir y mandar á esta capital, á efecto de que se instalase y funcionase en seguida el cuerpo Legislativo á cuyos mandatos teníamos que someternos fielmente gobernantes y gobernados.

Pero la labor resultó más complicada y recia de lo que cualquiera pudo sospechar. Y como el tiempo se iba á paso largo, sin que las diferentes gestiones que en tal sentido se hiciesen, produjeran el éxito apetecido, convínose en que el congreso se instalara de todos modos el 28 de julio de 1822, para que alcanzasen mayor solemnidad así las fiestas y regocijos públicos en el primer aniversario de la patria.

"Arbol que nace torcido....." Pues nació así, en estos valles, el de la libertad. Nadie demostraba empeño por las instituciones nacientes, ni por el orden adminis-

trativo, ni por nada que no fuese de interés directo y personal. Oficios van y oficios vienen, no se podía conseguir, siquiera, los sufragios indispensables para la formación de las mesas parroquiales en Lima. A estos inconvenientes se agregaba la circunstancia de hallarse muchas provincias ocupadas aún por los españoles; pero esto se salvó disponiéndose que entre los nacidos en ellas y presentes en esta capital, se llevara á cabo la elección de diputados. De esta manera se abreviaban las dificultades. Sin embargo, los esfuerzos del supremo delegado Torre Tagle y los del Consejo del Estado no bastaron al logro de tan sanos propósitos; porque las intriguillas políticas nacían ya y desarrollaban al amparo de esa santa libertad que á *otros* costara caudales de oro y torrentes de sangre.

Llegó, pues, y pasó el primer aniversario de la independencia, y no hubo Congreso. El 20 de agosto reasumió San Martín el mando supremo, y en los días restantes de ese mes y los primeros del siguiente dictó todo género de providencias para que definitivamente se instalase el congreso el 20 de setiembre, aniversario de la capitulación del Callao y entrega de las fortalezas al general La Mar.

Como bella muestra de la alta valía de ese cuerpo, entonces, mencionaremos los nombres de los que fueron diputados propietarios por el departamento de Puno: José Sánchez Carrión, Ignacio Alcázar, José de la Mar, Hipólito Unánue, Francisco Salazar y Joaquín de Olmedo; y suplentes: José Freyre, Domingo Orúe y José María Galdeano.

El decreto de San Martín, dice:

"1.°—El día 20 del corriente se instalará el congreso con todos los diputados cuyos poderes haya reconocido y declarado expeditos, hasta aquella fecha, la comisión nombrada para ese objeto.

2.°—En el referido día 20 en que dimito el supremo mando del Estado en el congreso constituyente cesan en el ejercicio de sus funciones todas las autoridades civiles, eclesiásticas y militares nombradas por el gobierno provisorio, de cualquiera clase y condición que sean, y sólo podrían continuar en sus destinos, por la ratificación de congreso.

3.°—De este cuerpo representativo de la nación, emanarán todas las órdenes y resoluciones, hasta que nom-

brado por él un Poder Ejecutivo, si lo tuviese por conveniente, expida las que le corresponden".

Instalado el congreso el día 20 mencionado y bajo la presidencia del sabio sacerdote Francisco Javier de Luna Pizarro, después Arzobispo de Lima, sus preferentes acuerdos llevaron al general San Martín la más honda gratitud del pueblo peruano; pero, como una de las formas consistía en su nombramiento de *generalísimo de las armas del Perú*, lo declinó el mismo día con estas hermosas frases, dignas de tan noble corazón: "Una penosa y dilatada experiencia me induce á presentir que la distinguida clase á que vuestra soberanía se ha dignado elevarme, lejos de ser útil á la nación si la ejerciese, frustraría sus justos designios, alarmando el celo de los que anhelan por una *positiva* libertad; dividiría la opinión de los pueblos y disminuiría la confianza que sólo puede inpirar vuestra soberanía con la *absoluta independencia* de sus decisiones. Mi presencia, señor, en el Perú, con las relaciones del poder que he dejado y con los de la fuerza, es inconsistente con la moral del Cuerpo Soberano y con mi opinión propia; porque ninguna prescindencia personal por mi parte, alejaría los tiros de la maledicencia y la calumnia".

La dimisión del mando había tenido efecto ya, tal y conforme la indiscutible probidad del Libertador la tuvo oportunamente anunciada y prometida.

Como era necesario designar un local para que la nueva y principal de todas las instituciones nacionales pudiera funcionar, dictóse el 15 de junio anterior este decreto:

"1.°—Mientras se construye un edificio á propósito para las sesiones del Congreso, queda desde hoy aplicado á este objeto, el de la Universidad de San Marcos con todos los departamentos en que está distribuido.

"2.°—La Universidad de San Marcos se trasladará provisionalmente al colegio de San Pedro".

Y así se hizo. Pero la ocupación del edificio de la Universidad no resultó provisional. La Cámara de Diputados funciona hasta este momento allí mismo, y la calle aún no ha perdido su antiguo nombre de *La Universidad.*

Tenemos, pues, instalado el primer congreso de la república. ¿Cómo va á subsistir, con qué recursos económicos cuenta?.....Fué entonces cuando el *mal nacido* y fa

tídico NO HAY PLATA vino á este pícaro mundo fiscal para tormento de todas las épocas administrativas.

Los aspirantes á legisladores se preguntaban y contestaban sobre el presente y sobre el futuro: ¿y ahora qué hacemos? Diantre! Si...*no hay plata*! Esto es atroz!

Pero como todo tiene remedio en la tierra, menos la muerte, alguno, el más financista de los recién desposados con la teórica y desvencijada libertad, insinuó la idea de caerle al comercio de Lima, en forma de contribución *forzosa*, con un sablazo de *cuatrocientos mil pesos*, facultando á la Junta Gubernativa para "exigir y tomar todas las medidas conducentes á hacerla efectiva".

La atención y cuidado que en estos casos se presta siempre á los augustos designios de la ley... hizo que la Junta, que en idénticas angustias se hallaba, dispusiera en el acto el cumplimiento de lo que "el Soberano" mandaba. Y así es de creerse, puesto que la resolución legislativa fué "Dada en la sala del Congreso en Lima, á las doce del día 27 de setiembre de 1822", y el cúmplase tiene la misma fecha; entendiéndose que á las cuatro de la tarde de aquel día no les llegaba la camisa al cuerpo á los desdichados comerciantes; á pesar de que ya no eran "peruanos largo tiempo oprimidos..."

El reclamo de la medida no tardó mucho. Presentáronse al congreso los comerciantes pidiendo que se rebajase la suma á ciento cincuenta mil pesos que serían reunidos á costa de sacrificios de todo género, y en calidad de empréstito. Pero los señores diputados, al escuchar la lectura del memorial que el 1.° de octubre enviaron en tal sentido los mercaderes, se exaltaron patrióticamente y procedieron en plena sesión á suscribirse con dos pesos, y algunos con cincuenta; alcanzando la suma, según el documento informativo á "cuatro mil trescientos diez y ocho pesos, tres reales en metálico sonante y contante; fuera de setenta y cinco pesos cinco reales, en dos libramientos, y las alhajas puntualizadas en la razón adjunta, por la que aparece cómo se han desprendido hasta de las hebillas de los pies algunos señores diputados; remitiéndose todo á disposición de la Suprema Junta con el ayundante don Agustín Zavala".

Y los miembros de la Junta: general La Mar, don Felipe Antonio Alvarado y el conde de Vista Florida, no

se dejaron pisar el poncho, y aumentaron esos sagrados fondos destinados á las necesidades públicas, con doscientos pesos, cada uno de ellos. Esta conducta fué seguida por todos los empleados de la nación, y el número de peluconas llegó pronto á ser de no escasa monta.

No será demás advertir que, las "hevillas de los pies", á que se refiere el oficio del Congreso, eran las hevillas de oro que en zapatos de rico terciopelo usaban los caballeros en aquella época; pues el traje ordinario consistía en elegante frac (azul, cabritilla ó verde), pantalón á la rodilla, medias de seda (carne ó perla), tarro negro y bastón con puño de oro.

Apenas comenzó á funcionar el Congreso, los honorables no vivían sino en ese mismo palacio de Pizarro que tantas *calabazas* ha dado siempre á los enamorados políticos. La Junta de Gobierno no se daba punto de reposo para escuchar las exigencias de los flamantes padres de la patria, y aprovechando de la rectitud de algunos, consiguió que el 10 de octubre, cuando apenas contaba aquel veinte días de instalado, se dictara la curiosísima resolución siguiente que se haya en todo su vigor y fuerza.....

"El Congreso Constituyente del Perú—Ha venido en decretar y decreta:—Que ningún diputado de los que en el día componen el Congreso Constituyente, ó en adelante hayan de completar su número, pueda durante el tiempo de su diputación solicitar ni admitir por sí, ni solicitar para persona alguna, empleo, pensión, merced ó gracia cualquiera del Poder Ejecutivo, sea el que despache interinamente ó el que en adelante se constituya por él mismo, bajo cualquiera denominación y forma de gobierno que adopte, salvo los ascensos de su escala respectiva".

Ahora, para concluir estas reminiscencias de la nueva nacionalidad peruana, el joven lector, que acaso ignora los detalles que rodean el hecho que sirve de tema á estas líneas, va luego á enterarse de ellos en pocas frases más.

Por aquellos tiempos, no había hoteles ni casas de huéspedes en Lima, y aunque siempre fué ésta la "hospitalaria ciudad", no les hacía gracia ya á los vecinos vivir á pan y manteles con gentes extrañas, especialmente las que venían del interior con pelo y lana abundantes.

Los diputados que llegaban de sus pueblos pasaban la pena negra para encontrar alojamiento, y como no habían de dormir en las plazuelas apelaron á los conventos de frailes. Allí, en aquellas celdas modestísimas, se acomodaron, pues, mansamente, los padres de la patria con los de la religión, y no pocos participaban también del suculento *puchero* y el chocolate incomparable.

La costumbre se aclimató, como no podía dejar de suceder. Pero, en lo sucesivo, los galantes honorables se presentaban ya á las puertas de los conventos á demandar hospitalidad, llevando con un criado algunas *pancitas* de sabrosa mantequilla, como recuerdo de atenciones recibidas y.... por recibir.

La historia es muy parca en pormenores, y menos cuando se trata de la vida política de la república; pero conviene conocerlos y no olvidarlos.

# LA ROSA Y TARAMONA

La juventud limeña, siempre decidida por las buenas causas, tiene en el gran libro de la Patria capítulos brillantes que consignan hechos heroicos y demuestran así con caracteres del más alto relieve, la nobleza de sus sentimientos, el temple de su espíritu, la veneración por el deber.

Allá, por los comienzos de la magna lucha, los naturales de la Metrópoli eran los primeros en alistarse para marchar á la vanguardia de las fuerzas libertadoras, y lo hacían incondicionalmente, llenos de ardor patriótico, poseídos de ese justo afán de redención que conduce firmemente á la victoria.

Pedro La Rosa y Manuel Taramona, eran limeños.

¿Habéis oído nombrar alguna vez á estos dos simpáticos jóvenes, guerreros eminentes de la Independencia Nacional, admirados en su época por haber sido autores del más glorioso suceso patriótico que registran los anales del mundo?

Niños aún, La Rosa y Taramona sentían ya la asfixia de la opresión extranjera, y, unidos por los lazos de estrecha y bien llevada amistad, juraron no separarse *¡ni con la muerte!* para contribuir por todos los medios posibles á la libertad de su patria.

Inteligentes, dotados de gran carácter é inspirados en la austera vida de sus distinguidos padres, dieron poco más tarde el primer paso en el camino de sus aspiraciones, ingresando al ejército realista en calidad de cadetes.

Bien pronto consiguieron por su conducta y contracción al estudio las notas más altas, y obtuvieron el título de oficial, con el aplauso de todos sus superiores.

La Rosa y Taramona desempeñaban las comisiones más importantes, con singular brío y acierto. Invariables en todo, atrajéronse la admiración y el cariño de la sociedad, y eran objeto á menudo de especiales atenciones, en tal sentido.

En las fiestas de toros, en los paseos públicos, en el teatro, como tambien en las casas particulares, veíaseles siempre juntos. Y juntos ascendieron también hasta llegar al grado de capitán, en cuya situación los encontró el grito de libertad lanzado por los pueblos.

Cambiaron luego el uniforme realista por la blusa del patriota. Tratábase de redimir á la madre oprimida y no podían esos sus hijos escogidos sustraerse á tan humano y noble esfuerzo; y como á la sazón se organizaba el cuerpo Legión Peruana de la Guardia, en él tomaron el mando de compañías é iniciaron el viaje que los condujo poco más tarde, por el camino del martirio, á la gloria, á la inmortalidad!

Eran ya La Rosa y Taramona, respectivamente, Comandante y Mayor en dicho cuerpo. Y vinieron, por desdicha, las batallas de Moquegua y Torata, en 1823. El enemigo, fuerte y dueño de las mejores posiciones, bate con ventaja y rechaza á los patriotas. La Rosa y Taramona, siempre unidos, se retiran en orden con sus soldados hacia Iquique para embarcarse en los pequeños navíos que allí se encontraban en espera del éxito. Legión Peruana había peleado bizarramente y quedado reducido á la cuarta parte de su efectivo. Los valientes capitanes que en aquellos combates habían realizado verdaderas hazañas, que despertaron la admiración de sus camaradas, fueron á sellar sus glorias en las aguas del nombrado mar de Iquique, de triste recuerdo, en la actualidad, para todo corazón peruano.....

La Rosa y Taramona llegaron con su tropa á esas infortunadas playas, embarcándola con toda rapidéz y cuidado; y cuando sólo ellos dos quedaban en tierra apareció á corta distancia el enemigo. La situación no podía ser más grave. Aconsejóseles que se ocultaran, y ambos protestaron de la triste medida. Indicóseles que se entre-

garan prisioneros, y tampoco aceptaron la idea. La resolución que tomaron heroica y decididamente fué no permitir que la mano del enemigo los tocara, bajo ninguna forma; y, procediendo sin perder un momento más, arrojáronse al agua ante la angustia y estupor de los presentes.

El cuadro fué espantoso. A nado, consiguieron alejarse un poco, en lucha abierta con el mar y siempre juntos. La distancia que los separaba del buque en que se hallaba la tropa era considerable, y permitió por lo tanto, que los españoles, valiéndose de embarcaciones menores se acercaran á ellos y les arrojaran cuerdas para que pudieran asirse de ellas y salvar. Pero los jóvenes patriotas, reponiéndose de las fatigas del tremendo duelo que sostenían con las revueltas aguas, contestaron una vez por todas, que no *deseaban la vida de las manos que esclavizaban á su patria!*

Y al fin ¡oh, ejemplo sublime de amor, de abnegación y de dignidad! perecieron en las afueras del puerto esos mártires del patriotismo peruano.....

Devueltos sus cuerpos á tierra por las olas, hubo gran consternación al recibirlos; y el enemigo, noble como buen español, tributó á los bravos oficiales de Legión Peruana de la Guardia honores y respetos; disponiendo además, que fueran sepultados en la misma tumba, como en vida tuvieron los mismos hábitos, los mismos grandes ideales!..

Años después, sus preciosos despojos mortales fueron traídos del Sur y depositados en un mausoleo que el Estado les erigiera en nuestro Cementerio; y á su llegada á Lima, precisamente en vispera del aniversario de la heroica muerte de aquellos patriotas,—23 de Febrero— el vate limeño Clemente Althaus les dedicó la siguiente hermosa composición:

¡Salve, oh, La Rosa! salve, oh, Taramona!
Pareja heroica que alentaba una alma,
A quien dió la Amistad su noble palma
Y dió la Gloria su inmortal corona!

De sublime amistad nunca igualada
Os enlazaba tan estrecho nudo,
¡Que ni cortarlo de la Muerte pudo
La inexorable apartadora espada!

Juntos ceñisteis el acero fuerte,
Juntos entrabais en la lid reñida;
Y como juntos os miró la Vida,
Juntos también os recibió la Muerte;

Cuando, por no rendiros al hispano
Bando, que con el número os acosa
Buscó vuestro valor tumba gloriosa
En el seno del túrbido océano;

Brazos ligando con estrecho lazo,
Al mar caísteis: su furor violento
Pudo arrancaros el vital aliento,
Mas no romper vuestro postrer abrazo.

¡Oh, mar que bañas la sedienta Iquique,
Que fuiste por tal sangre enrojecido,
Tu tumultuoso estruendo y tu bramido
Tan grande hazaña sin cesar publique!

¡Y, como voces de venganza airadas,
Recordadnos también, rugientes olas,
La crueldad de las armas españolas,
De lejos en los héroes ensañadas!

¡Oh, patria mía! con soberbia pompa
A tus divinos mártires levanta
Pirámide sublime, á cuya planta
El mar sus ondas rebramando rompa.

Y con sus lenguas de agua, eternamente
A Taramona y á La Rosa cante
En confuso murmurio, semejante,
A los clamores de infinita gente.

Y el son del atambor y la trompeta
Imite, y del cañón el estampido,
Más dulces de los héroes al oido
Que música amorosa en noche quieta.

Y los peñascos azotando, mienta
El choque, y el estrépito y las voces
De encontrados ejércitos feroces,
Y el tumulto y horror de lid sangrienta.

Y el que del mar recorra los desiertos,
Mostrando el mármol que á lo lejos brilla:
*¡Juntos yacen*, exclame, *en esa orilla*
*Dos tiernos héroes por su patria muertos!*

El duelo que hubo en Lima al tenerse noticia de este suceso, fué general y profundísimo. Y allá por 1829, el eminente literato don Felipe Pardo y Aliaga, amigo de nuestros héroes, escribía en el *Mercurio Peruano*:

"Entre los personajes que han brillado en la escena de nuestra revolución, pocos aparecen cubiertos de tanta gloria como los jóvenes oficiales La Rosa y Taramona. Los talentos y la valentía que desplegaron en la desgraciada acción de Torata habría bastado á darles celebridad; pero su muerte en Iquique, prefiriendo hallarla entre las aguas á admitir de manos de los enemigos de su patria la existencia que se empeñaban por conservarles, los elevó al rango de los héroes más grandes de que nos hace mención la historia. En los primeros días de nuestra infancia hicieron famoso el nombre peruano con hazañas, que no han sobrepujado otras naciones en siglos de existencia."

"Su ejemplo inflamó en el noble fuego de la emulación las almas de esa juventud guerrera que vengó después su muerte, y nos conquistó la libertad de que ellos fueron los primeros mártires."

"No hay peruano que no haya lamentado amargamente la pérdida en la flor de su juventud de unos limeños que prometían tan abundante cosecha de bienes á la patria. Su memoria se conservará eternamente rodeada de la admiración, y del respeto y de la gratitud. Nosotros á quienes los lazos de una dulce amistad unió con ellos, ansiando tributarles algún homenaje, aunque tardío, nos apresuramos á evocar hoy con inefable placer sus gloriosos nombres".

Esos fueron, pues, La Rosa y Taramona, los dos distinguidos jóvenes limeños á cuya santa memoria dedicamos con patriótico orgullo estas humildes líneas, reflejo sincero de la gratitud por el sacrificio.....

# LA BATALLA DE JUNÍN

¡Y cuánto hay que decir de sublime, acerca de la gran jornada que coronaron con espléndida victoria nuestros patriotas en las llanuras de Junin ó "Pampas de los Reyes", el 6 de Agosto de 1824! (1)

El triunfo de Junín fué para el ejército español, como dice Torrente, el primer eslabón de "una cadena de contrastes y reveses" que terminó con la libertad del país.

Como sabemos, en Junín se peleó á lanza y sable; no hubo un solo disparo de arma de fuego. La caballería española y la nuestra, formada por peruanos y colombianos con jefes argentinos, encontráronse en un desfilade-

(1) Una feliz coincidencia, un título más, si se quiere, para vigorizar el fraternal abrazo que peruanos y bolivianos nos damos con sincera cordialidad en estos momentos—mal que pese á otros desleales americanos del Sur—puede considerarse el hecho de celebrar Bolivia el aniversario de su Independencia en la misma fecha en que se libró la batalla de Junín, precursora de la libertad del Perú.

Aunque el Perú y Bolivia están separados, como naciones independientes, nada habrá jamás que destruya el vínculo que las une, fraternal, legítima y poderosamente; pues, nosotros formamos el Bajo Perú, como los bolivianos el Alto Perú. Y bien confirmada tenemos esta opinión en la nota del General Sucre dirigida al Congreso Peruano, desde su cuartel general de La Paz, el 10 de Febrero de 1825, felicitándolo por la organización de las provincias del Alto Perú, bajo la denominación de *Bolivia*, cuando le dice: "Las Provincias del Alto Perú van á entrar en el goce soberano de sus derechos.....*Estos pueblos no olvidarán jamás los sentimientos fraternales que los unen al Bajo Perú, y que los ligan en su carrera*....."

ro y pelearon encarnizadamente durante tres cuartos de hora. Constaba la fuerza realista de 1200 jinetes y la patriota de 900. No pudo ésta resistir el empuje del enemigo maestramente dirigido por el general Canterác. Necochea, el león argentino, había caído cubierto de heridas, y la desorganización más completa sobrevino en seguida á los escuadrones patriotas.

Iniciábase, pues, la retirada de nuestras fuerzas perseguidas ya y casi envueltas por los soldados de Canterác, cuando el comandante Manuel Isidoro Suárez, de nacionalidad argentina y jefe de un escuadrón de reclutas de Trujillo, Chiclayo y Lambayeque, que se hallaba algo apartado del lugar de la lucha en espera de órdenes, no se resignó á seguir la retirada y avanzó resueltamente contra los soldados españoles que cegados por las ventajas que habían obtenido acuchillaban alegremente á sus contendores, y la reacción se operó pronto quedando el campo por los patriotas.

Aunque las pérdidas de los españoles fueron relativamente pequeñas—340 muertos y 80 prisioneros—el efecto moral que la derrota les produjo fué tan notable, que emprendieron desastrosa retirada hacia el Cuzco, y al pasar el Apurímac perdieron dos mil hombres y enorme cantidad de provisiones de guerra.

Previsto estaba por Bolívar, que lo principal de la batalla dependía de la caballería, y todos sus esfuerzos tendían á conseguir en número y calidad buena fuerza de esta arma.

En los primeros días de aquel año, estuvo Bolívar á punto de rendir la vida. Una fiebre cerebral ocasionada por las penalidades de tan ruda campaña lo había llevado á extrema gravedad. Pero algo repuesto de tan seria dolencia, hallábase en Pativilca cierto día, refiere el historiador Mosquera, sentado en una pobre silla de vaqueta, atada la cabeza con un pañuelo blanco; sus pantalones de güin permitían ver sus descarnadas piernas; su voz, hueca y débil, y su semblante cadavérico.

—¿Y qué piensa usted hacer ahora? preguntóle Mosquera.

¡Triunfar! contestó Bolívar.

—¿Y qué piensa usted hacer para triunfar?

He mandado levantar una numerosa caballería á los departamentos del norte; se fabrican herraduras en Cuen-

ca, en Guayaquil y en Trujillo; se han tomado para el servicio militar todos los caballos útiles del país, y se han embargado todos los alfalfares para mantenerlos gordos. Si los españoles bajan de la cordillera, los derroto con esta caballería; y si no bajan, dentro de tres meses me hallaré en situación de ir á buscarlos y batirlos en la sierra.

Y esto fué lo que sucedió, efectivamente.

"Quien no espera vencer, vencido está", dice el adagio. Y Bolívar se empeñaba siempre en mantener latente en el ánimo de sus soldados tan eficaz idea militar. Por eso, en su proclama al ejército lanzada el 2 de agosto en la pampa del Sacramento, decía con la más firme convicción á sus soldados: ¡vosotros sois invencibles!

Y, cuatro días después, cumplíase la sentencia con la derrota del enemigo, poderosísimo en número, en elementos, en dirección y en coraje.

# LLEGA A LIMA EL PARTE OFICIAL DE AYACUCHO

Si, evocar los recuerdos gratos del pasado, levanta en los hombres el espíritu y robustece las convicciones. cuando las reminiscencias que se traen á la mente se rozan con los sucesos felices que han conducido á un pueblo al afianzamiento de sus libertades públicas, el placer que se experimenta es intensísimo y la labor que se practica al difundirlas, de honor y de provecho moral.

Lima, la ciudad Metropolitana cuyos encantos alimentaron por más de dos siglos la mágica leyenda y el ensueño misterioso, había pasado su vida colonial con toda grandeza. Era una niña adorable, un tesoro, una hurí. De todas las provincias conquistadas venían gentes de elevada alcurnia á disfrutar de sus bellezas, y los magnates de la Península presentábanse alborozados á los pies de esta soberana y con júbilo y orgullo fijaban en lo alto de sus hogares los escudos de nobleza, los títulos de sangre, como diciendo: aquí, en este suelo maravilloso, en esta virgen comarca, en este suave ambiente de amor, he de extender mi linaje y pasar deliciosamente mis mejores días.

La engreída "Perla del Pacífico", así llamada desde entonces, con sus extraordinarias riquezas, sus mujeres hermosísimas y su moderna sociedad vaciada admirablemente con oro en el seductor molde de un perfecto corazón, vióse no obstante á cada paso asechada por la envidia y el interés villano de otras nacionalidades, que, mediante formidables expediciones de piratas que algu-

na vez lograron hollar vanamente las vecinas tierras del Callao, se empeñaban en humillarla y desposeerla de su regia dignidad.

Pero, no es lo eterno, del planeta que habitamos. Aquellos intentos, oportunamente dominados, y los únicos motivos de agitación que por esas épocas pesaron sobre la ciudad, al fin cesaron, probada la impotencia de otras razas para vencer á la pujante y vigorosa del León de Iberia; pero cesaron para dar paso á las conspiraciones que luego surgieron en favor de la emancipación política, de la libertad muy justamente anhelada por todo el país.

Y cambió la faz de la sociedad limeña. Se sintió la necesidad de arreglar la vida por propia cuenta, sin tutores ni poderdantes; había que reformar el medio, adaptándolo á las conveniencias y métodos de las modernas enseñanzas; la carga era ya abrumadora, y, como todo en el mundo, saltó la inestabilidad de las cosas y produjose la revuelta con su odioso cortejo de vejámenes y crueldad sin límites, que no de otra manera podía sostenerse el conquistador en estos sus dominios de cerca de tres centurias.

Vinieron, pues, con la guerra por la Independencia no pocas calamidades á turbar la habitual quietud de este vecindario; y entonces, la cordura y el celo, y más que eso, el deseo de Patria, envolvió los ánimos en la dulce esperanza de un porvenir grandioso y todo, todo á él se subordinó humildemente.

Comienza la lucha. Alístanse los jóvenes, suena el clarín por do quiera; dentro, murmullos, espionaje, aprestos de toda especie; fuera, marchas, pólvora, sangre!.....

Lima dejó sus galas placentera, para vestir la armadura de Belona. Quería ser libre, ser dueña y señora en su casa, y nada la contuvo ni la intimidó. Si los hombres iban entusiastas al combate, ellas, las damas encumbradas, renunciando su alta posición y comprometiendo su hacienda y aún la heredad de sus propios vástagos, contribuían empeñosamente al mejor y más pronto éxito de las armas libertadoras.

¡Y que bellísimos cuadros de santa abnegación, talento práctico y amor patrio, ofreció en aquellas épicas acciones la mujer limeña!

Así se deslizó la vida en Lima por los años de 1819 al 23 en que se realizó la ejecución del inmortal Olaya

que tan hondamente conmovió á esta sociedad, en todas sus esferas. Creyóse que el trascendental acto de la *Jura* el memorable 28 de Julio, daría inmediato término, favorablemente, á la dura controversia; pero no fué así, las escaramuzas, choques y batallas continuaron, hasta que en horas felices, alumbró el Sol de "Junín" sostenido bravamente por los denodados hijos del undoso Plata—¡gloria á ellos!—Necochea y Suárez, el 6 de Agosto de 1824.

El desastre sufrido allí por el ejército enemigo, si bien no lo aniquiló totalmente, introdujo el desconcierto y provocó el desprestigio, más que de los soldados, de los políticos, y era menester ya un último y serio esfuerzo para que la libertad, no solo del Perú sino de la América latina del Sur, quedase definitivamente afianzada y sellada.

La victoria de Junín, como dice el parcial historiador español Torrente, *si se hubiera ganado, habría sido el primer eslabón de una cadena de triunfos: se perdió, y lo fué de contrastes y reveses.*

El genio guerrero del eminente José de San Martín descendió en aquel momento solemne, como divina inspiración, desde lo alto á la histórica pampa donde se realizaba la ardorosa justa, y las legiones enemigas que habían ya arrollado á nuestras débiles huestes, cedieron luego el campo en espantoso caos á la noble alma argentina, invocada en tan apretada situación por la Justicia y el Derecho.

Y la guerra continuó. Un soplo de aliento vino á levantar los ánimos. En Lima se esperaba por instantes la noticia del triunfo ó la derrota. Ambos ejércitos se reorganizaban y movían á efecto de asegurar el desenlance, y en la conciencia pública estaba que la próxima batalla sería invariablemente el epílogo de tan monumental obra.

Habían trascurrido así los meses de Setiembre, Octubre y Noviembre, y el eco de "Junín" iba perdiéndose lentamente.

Los medios de comunicación, escasos y difíciles, no permitían como hoy, estar al tanto de lo ocurrido, y la angustia atormentaba los espíritus de nuestros pacíficos habitantes. Nada se sabía de los patriotas; y si de ellos se hablaba, no eran halagadores presagios los que se hacían, dada la superioridad que en número y elementos tenía sobre ellos el poderoso adversario.

Y llegó el día 21 de Diciembre.

Los moradores de la capital, entregados al necesario reposo, dormían tranquilamente, á más de las diez de la noche, cuando de improviso las grandes campanas de la Iglesia Catedral anuncian un acontecimiento sensacional notable, grandioso!

Abriéronse luego las puertas. Echáronse las gentes á recorrer las calles en demanda de lo que á tan singular frenesí daba lugar. Soldados y paisanos entraban y salían con semblantes de felicidad al palacio de Pizarro, y no tardó mucho en hacerse del dominio público la dichosa nueva del triunfo de Ayacucho.

Como era natural, nadie volvió al lecho, y el regocijo del pueblo subió muy altos puntos hasta la luz del nuevo día.

Mientras tanto, el General Bolívar redactaba un boletín, dando á saber tan felíz acontecimiento, boletín que circuló á la madrugada profusamente y que concluía así; *"Peruanos: La paz ha sucedido á la guerra; la unión á la discordia; el orden á la anarquía y la dicha al infortunio. Pero no olvidéis jamás, os ruego, que á los ínclitos vencedores de Ayacucho lo debéis todo."* (1)

---

(1) En la proclama que corre inserta en este boletín, se leen estas palabras del Libertador Bolívar, en tono de amarga queja: *"los auxiliares de Chile, por el abandono lamentable de nuestra causa, nos privaron de sus tropas....."*

No es demás consignar aquí este testimonio de gran fuerza, para que lo conozcan aquellos escritores chilenos que en más de una ocasión han sostenido que su país prestó muy buenos servicios á la causa de la Independencia del Perú.

Ni en Junín, ni en Ayacucho, hubo, siquiera, una compañía de soldados chilenos. Algunos oficiales de esa nacionalidad se quedaron dispersos en el ejército después de la devolución á Chile de las llamadas fuerzas auxiliares, y si no se nos escapa alguno, fueron solamente estos:

*Teniente Coronel, Ricardo González; Sargentos Mayores, José María Guerrero y Manuel Fuentes; Capitanes, J. M. Riquelme y M. S. Salcedo; Tenientes, Manuel Silva y José Antonio Espina; y Alfereces, José Núñez, M. Carrera y Felipe Contreras.*

Ahora, si por esta circunstancia se ha de sostener que Chile hizo mucho, ó poco, por la Independencia del Perú, también tendríamos que agradecer iguales servicios á Inglaterra, Francia y Alemania, por cuanto se hallaron aquí, entonces, al servicio de la causa de la libertad, Cochrane, Guisse, Wilkinson, Young y tres ó cuatro más, marinos ingleses; Drinót, marino francés; y en el ejército, el distinguido oficial alemán Althaus, que fué más tarde general peruano.

Casi todos los nombrados se establecieron en el Perú y tienen

Cómo llegó á Lima la noticia, lo expresaremos en seguida.

La gran batalla se libró el día 9 entre los ejércitos de Canterác y Sucre, fuerte el primero de 9,310 hombres y el segundo de 5,780.

En el Estado Mayor del Ejército patriota había un oficial muy cumplido y á quien distinguía especialmente, por tal razón, el Mariscal Sucre. Llamábase Juan Alarcón y tenía el grado de teniente; pero fué ascendido á capitán en el mismo campo de batalla por su brillante comportamiento; como también lo fueron á Generales de División Córdova y Lara, y á Coroneles efectivos, Leal, Morán, Cuervo y don Pedro Guás, argentino.

El Capitán Alarcón mereció, pues, ser designado para traer á Lima, como en efecto sucedió, no solo la grata nueva, sino todos los documentos relativos á la gran batalla que acababa de consolidar la libertad de tantos pueblos. Y fué él quien, á la hora antes indicada, se presentó animosamente á Bolívar con aquellos interesantísimos pliegos; pasando luego al seno de la sociedad á completar la información y celebrar en fraternal unión la feliz victoria.

El Gran Mariscal de Ayacucho don Antonio José de Sucre, deseoso, sin duda, de llevar al ánimo del Libertador la más completa seguridad del triunfo, no envió á su ayudante ese mismo día sino el 12, y pudo así ser portador este del parte oficial de la batalla, con todos los detalles; de la proclama dirigida al Ejército vencedor, y lo que es más, de los extensos y bien meditados términos de la capitulación á que tuvo que sujetarse el rendido enemigo.

El oficio con que el inmortal Sucre remitió á Bolívar el testimonio original de la capitulación, reasume en contadas palabras lo que hoy habría sido una hueca y odiosa *Conferencia*, ponderando los propios méritos con depresión de los ajenos....."Otros tiempos y otros hombres".

Dice el oficio:

"CAPITULACIÓN.—Ejército Libertador.—Cuartel Gene-
"ral de Ayacucho, á 10 de Diciembre de 1824.—Al Exce-

---

aún descendencia digna de toda estimación. Y, además, no han contribuido, en lo más mínimo, á las desgracias de la nación, ni en 1879, ni antes, ni después.

Esos si son servicios.....

"lentísimo Señor Libertador.—Excmo. Sr.:—El tratado "que tengo la honra de elevar á manos de V. E., firmado "sobre el campo de batalla, en que la sangre del Ejér- "cito Libertador aseguró la Independencia del Perú, es "la garantía de la paz de esta República y el más bri- "llante resultado de la victoria de Ayacucho. El ejérci- "to Unido siente una inmensa satisfacción al presentar "á V. E. el territorio completo del Perú sometido á la "autoridad de V. E. antes de cinco meses de campaña. To- "do el Ejército Real, todas las provincias que este ocupa- "ba en la República, todas sus plazas, sus parques, alma- "cenes y *quince* Generales Españoles, son los trofeos que "el Ejército Unido ofrece á V. E., como gajes que corres- "ponden al ilustre Salvador del Perú, que desde Junín se- "ñaló al ejército los campos de Ayacucho para completar "las glorias de las armas libretadoras.—Dios guarde á "V. E.—*Antonio José de Sucre.*"

Sucre había coronado la obra, venciendo á los hombres, como antes venciera las cordilleras, desfiladeros, punas y tempestades; dominándolo todo, y olvidando á las veces su alto rango militar para convertirse en simple soldado y llegar con sus bravos, como en ocasiones llegara, "hasta donde jamás tocó planta alguna".

Y que tantos sacrificios heroicos no hayan producido el fruto que nuestros padres anhelaban!... Es triste...

No. Es necesario que enmendemos el rumbo. Vengan la paz, la unión, el orden y la dicha á desterrar y hundir para siempre la guerra, la discordia, la anarquía y el infortunio, como el Libertador Bolívar nos lo anunció en aquel momento histórico que ahora recordamos. Inspirémonos en el ejemplo de otros países, que cuando el peligro amenaza á la Patria amada, todo lo posponen, y el único interés que entonces prima es el de su salvación, precursora de la grandeza.

Tiempo hay aún, y es urgente aprovecharlo. Porque si esto no sucediera, debemos tener entendido que muy pocos aniversarios patrios nos quedarían por celebrar....

# TORRE UGARTE Y ALCEDO

## Autores de la Canción Nacional

Pocos son en nuestros días los ciudadanos que se toman el trabajo de volver la faz, para conocer y admirar, agradecer y venerar á los hombres abnegados que nos dieron patria.

Y esto no es de ahora, fatalmente; que allá por nuestras alegronas mocedades la cosa no era tampoco para bendecir.

Mucho nos ha inquietado siempre la celebración de la Independencia Nacional, pero, verdades al canto, el *Somos libres* se va y se viene por los aires y queda luego sepultado en la histórica pila de la Plaza hasta el siguiente *veintiocho*, sin dejar otra huella en el espíritu público que el recuerdo de los rigodones y pachamancas que *alimentan* el patriotismo.

¡Ah! Ese *Somos libres* vale un mundo de dinero y otro mundo mayor de grandeza moral, y es necesario, por lo tanto, no olvidar á los dos patriotas que con su talento y su inspiración sellaron así con nobleza el triunfo de la libertad, después de haber luchado valerosamente con el poderoso enemigo en los campos de batalla.

El doctor don José de la Torre Ugarte, autor de las brillantes estrofas del Himno Peruano, fué un magistrado de gran prestigio que dejó la toga para empuñar la espada en los comienzos de la guerra magna, y en ella dejó también su nombre á igual altura.

Nació el doctor de la Torre Ugarte en la ciudad de Ica, el año de 1786 y falleció joven aún, despues de haber prestado á su país muy notables servicios, en 1831.

Guardábale el ínclito Libertador don José de San Martín las mayores consideraciones, á punto tal, que á los pocos meses de la Jura lo nombró Oficial Mayor de Guerra, alta distinción á la que supo corresponder debidamente el agraciado.

El año 27 fué Auditor General de Guerra, y el 30, Vocal de la Corte Superior de La Libertad, nombrado por Gamarra.

Como sabemos, la letra del Himno, escrita por el doctor de la Torre Ugarte, mereció la música de don José Bernardo Alcedo.

Conocimos muy de cerca al señor Alcedo y le tratábamos con frecuencia en casa de una respetable familia de esta capital.

El maestro Alcedo era limeño, y vino á la vida en 1798. Hombre modesto, muy jovial y simpático, ejecutaba y componía con la misma habilidad la música seria que la alegre y movida.

Para la música del Himno se llamó á concurso, y Alcedo se llevó las palmas entre los siete compositores que se presentaron.

Por aquella época, decíase que el estilo de Alcedo era semejante al de Rossini, lo que equivale á declarar que nuestro compatriota era un gran músico.

Entre las muchas composiciones que Alcedo ha dejado, cítanse además de las marchas, boleros y valses, un Miserere, una Pasión de Ramos, un Invitatorio de difuntos y tres misas solemnes: en "re" mayor, en "mi" bemol y en "fa" mayor.

Terminada la guerra de la Independencia, Alcedo se dirigió á Chile donde permaneció algún tiempo. Pero el Gobierno del Perú le asignó una regular pensión y entonces regresó á su patria. Su último trabajo—"Filosofía elemental de la música"—obra de alto interés, apareció en 1869.

En Chile publicó, oportunamente, su "Despedida de las chilenas al Ejército libertador" y una piecesita retozona llamada "Burla á las gordas" que le costó algunos sinsabores.

Lima no olvidará nunca la canción criolla que, con letra de don Juan Antonio Ugarte, le dejara el maestro Alcedo, titulada "La chicha".

Si algún limeño viejo nos leyera en este instante, no le desagradará tal vez, que le recordemos algunos de los versecillos de aquella popular canción. "La Chicha" apareció en Lima á la llegada del General San Martín y en todas las fiestas tenía su lugarcito. Y dizque al egregio argentino le sonaba muy bien.

Patriotas el mate
De chicha llenad,
Y alegres brindemos
Por la libertad.

Este es el coro. Ahora van algunas estrofas:

Cubra nuestras mesas
el chupe y quesillo
el ají amarillo
y el rosado ají.
Y á nuestras cabezas
la chicha se vuele,
la que hacerse suele
de maíz ó maní.

El seviche venga,
la guatia en seguida,
que también convida
y ecxita á beber.
Todo indio sostenga
con e poto en mano,
que á todo tirano
ha de aborrecer.

¡Oh, licor precioso!
¡tu, licor peruano!
licor sobrehumano
mitiga mi sed!
¡Oh, néctar sabroso
de color del oro,
del indio tesoro,
patriotas, bebed!

...O NAVAL DEL PERU
de D. Julio J. Elías Murgía



**Don José Bernardo Alcedo** (1)

"Benemérito á la Patria, en grado eminente", ostenta, como se vé, la banda de los *Vencedores de la Independencia*, en cuyas campañas tomó parte activa, abandonando, al efecto, los claustros de un convento de esta ciudad en donde pasó los primeros años de su juventud y adquirió sus conocimientos musicales.

Fué por mucho tiempo Director de las bandas del Ejército, y, con tal motivo, compuso numerosas piezas marciales que, seguramente, han desaparecido.

El General San Martín tenía por el maestro Alcedo especial deferencia.

(1) Su firma era así: ALZEDO; pero, siguiendo la vieja corriente, damos su nombre con C.

Sobre la jalea
de ají rico untada,
con mano enlazada
el poto apurad.
Y este brindis sea
el signo que damos
á los que engendramos
en la libertad.

Gloria eterna demos
al héroe divino,
que nuestro destino,
cambiado há por fin.
Su nombre grabemos
en el tronco bruto
del árbol que el fruto
debe á **San Martín.**

Alcedo falleció en 1877. Dos años antes, un grupo numeroso de admiradores le dedicó una velada en el Teatro Principal y el maestro fué en ella coronado, ofreciendo la manifestación, en bello discurso, digno de él el eminente poeta Clemente Althaus.

Aquella noche, Alcedo experimentó tan honda sensación, anciano como estaba, que le sobrevino un accidente que por fortuna le pasó en breves momentos.

Vivo empeño puso en fundar una academia el distinguido músico peruano; pero tras largo y penoso bregar, murió sin haber logrado su noble propósito.

Consta por las reiteradas denuncias que por la prensa se han hecho, que tanto la letra como la música del Himno Nacional, desde años atrás han sufrido alteraciones frecuentes y de tal magnitud, que á no habérseles contenido por medio de la ley, el Himno Nacional, en poco tiempo más habría resultado un vals ó un tango, con letra de peteneras.

La ley á que nos referimos, dictada en la legislatura de 1912 y que lleva el No. 1801, dice en la parte pertinente:—"Artículo 1.º—Decláranse oficiales é intangibles "la letra y música del Himno Nacional, debidos, respec- "tivamente, á la pluma de don José de la Torre Ugarte "y á la inspiración del maestro José Bernardo Alcedo, y

"adoptado como tal, en 1821, por el Supremo Gobierno. "—Artículo 2.º—En las fiestas patrias y en los demás "actos oficiales públicos, no podrá tocarse ni cantarse "otro himno nacional que el reconocido por esta ley".

Si, en general, nadie puede tomarse la facultad de *descomponer* versos ajenos y música ajena, en este caso, mucho menos; porque esos versos y esa música están ya consagrados por el alma nacional, y nada hay más respetable que eso.

Las canciones ó himnos que determinan los más culminantes sucesos que se realizan en la vida política de los pueblos, son explosiones del sentimiento patrio que se producen á raíz de los mismos acontecimientos, fresco y latente el entusiasmo por la victoria obtenida. Entonces se alza la frente, se eleva la inspiración, la música se impone con su grandeza incomparable, los poetas cantan, y de la amalgama bendita que resulta de este conjunto armonioso de alegrías y calor patriótico, sale como eco de la divina justicia el *Himno* ó altísima expresión de reconocimiento al Ser Supremo que se graba hondamente en el espíritu del hombre, y no es posible atentar contra su fidelidad y origen.

Antes de concluir—y ya que tratamos en este capítulo de tan importante tópico—conviene hacer una aclaración.

No pocas veces hemos tenido ocasión de advertir en algunos jóvenes verdadera sorpresa, á causa de que para nada se menciona al Libertador Bolívar en las estrofas del Himno Patrio, atribuyéndose esto á parcialidad respecto de San Martín.

No hay tal cosa. El Himno Patrio se dió á raíz de la Jura de la Independencia, en 1821, cuando la obra redentora hasta entonces realizada no reconocía otro director que San Martín. Bolívar, por razones de que en otro lugar nos ocupamos, vino á prestar sus servicios al Perú, y llegó á Lima el lunes 1.º de setiembre de 1823; no podía pues, mencionársele en el Himno Nacional, ni en nada, desde que por aquellos días era completamente extraño á nuestros asuntos.

Sin embargo, fué Bolívar más afortunado que San Martín en los elogios y halagos, aún antes de comenzar sus faenas libertadoras; pues "La Gaceta de Lima" lo

saludó llamándolo Wáshington, Guillermo Tell, y no le dijo poco, ciertamente, en estas frases: "eres el nuevo Hércules", y "tu vales más que un ejército".

Y, volviendo á nuestro Himno Patrio, puede sostenerse que no hay otro en país alguno que le supere en la parte musical, según la opinión de muchos profesionales extranjeros.

¡Lástima que en cuanto al *Somos libres*, no pueda afirmarse otro tanto!

# ECOS DE LA BATALLA DE AYACUCHO

La vertiginosa carrera con que el tiempo va echando atrás los sucesos que en todo orden se realizan en la vida de los pueblos, no envolverá jamás los que directamente se relacionan con su libertad; porque nada hay que se imponga con más fuerza en la conciencia humana que la independencia de las naciones.

Y es tan cierto esto, que los años pasan, las situaciones difíciles se suceden, las costumbres varían, las generaciones se renuevan, y, sin embargo, el recuerdo de la fecha en que el Perú fué emancipado de España está latente en el corazón de todos sus hijos.

En tiempos pasados, es cierto, la celebración del triunfo de Ayacucho era de lo más entusiasta en todo el Perú, especialmente, en Lima. Había aquí magníficas actuaciones y multitud de espectáculos y festejos públicos que comenzaban el 8 y terminaban el 10. En todas las casas se tocaba el piano constantemente y se cantaba la *canción nacional*; pero tal vez por haberse visto con el andar de los tiempos, que eso de chillar neciamente *somos libres* era dar margen á la crítica severa de nuestros huéspedes, se ha optado por el silencio elocuente, y ya—estamos de acuerdo—sólo el 28 de julio se oye entre risas y disfuerzos de colegiales, eso de "las cadenas que nos oprimían" y lo del "largo tiempo" que dizque "gemíamos condenados á cruel servidumbre", y otras *ocurrencias* que probablemente, *no ocurrieron* más.

Pero es conveniente, en las fechas de la patria, depar-

tir con los menores y hacer algunas reminiscencias históricas que mantengan en lo posible la veneración por la memoria de esos esforzados campeones que con tan sana intención batallaron por nuestra independencia, por si algún día se llegara á demostrar que sus sacrificios no fueron estériles.

A ese tira y afloja van encaminadas estas líneas en recuerdo de la batalla de Ayacucho que ya cuenta 93 casi perdidos años de realizada.

En esta batalla, que llena una de las más escogidas páginas de la Historia, ocurrió algo que tiene analogía con la de Arica, en la parte que comprende el asesinato del gran Bolognesi por un soldado chileno que no le quiso por prisionero.

Veamos:

En las alturas del Condorcunca, como Bolognesi en el Morro, hallábase el general en jefe del ejército español Virrey Laserna. Sabido es que el General Córdova, el bravo entre los bravos, en el momento del ataque, al frente de su división, echó pie a tierra, y desenvainando su espada para trepar el histórico cerro, mató su caballo y dió en seguida las voces de: *¡armas á discresión!.... ¡¡paso de vencedores!!*

Uno de sus valientes soldados el cabo Villarroel, se le encara á Laserna y le intima á que se entregue; pero Laserna sigue blandiendo su espada, y, como Villarroel no le había reconocido, acometióle con su arma hiriéndole en la frente. En aquel instante de terrible lucha, cuerpo á cuerpo, el sargento Baraona, de "Húsares de Junín", grita desde regular distancia: *¡no lo mates que es el Virrey!* Y acercándose en seguida al cabo, que se detuvo luego en su empeño de acabar con el enemigo, capturaron con todo género de atenciones al general Laserna, llevándole á la presencia del General Sucre.

¡Qué par de hombres! Al ver Sucre herido y prisionero al Virrey, se apeó de la bestia, le saludó militarmente con el mayor respeto, y al dirigirle la palabra adelantóse Laserna, quitándose del cinto la espada y tratando de entregársela, con esta frase: *¡Gloria al vencedor!*

Sucre, conmovido, le contesta *¡Honra al vencido!* Y negándose á recibir la espada, rogóle amablemente que volviera á ceñírsela. Pero Laserna no aceptó la súplica y conservó su espada en la mano derecha.

Repito: ¡qué par de hombres!

Y no quedó allí la caballerosidad de ambos dignísimos militares. Sucre ofrece á Laserna, y reiteradamente insiste, que monte el último caballo en que había dirigido la gran batalla, y avanzando con un oficial portador de banderola blanca y un corneta que anunciaba el *parlamento*, fueron al encuentro del General La Mar, para que en el acto se diese la señal de cesar el fuego.

Herido y prisionero el Virrey, era el General Canterác quien debía reemplazarlo. Canterác invita á La Mar á una conferencia que debía efectuarse 200 pasos al frente de sus respectivas tropas, para celebrar un armisticio ó capitulación.

La conferencia se realizó en los términos que acordaron y de ella resultó la capitulación.

Entonces, los dos generales, La Mar y Canterác, encamináronse á la tienda de campaña de Sucre, General en Jefe del Ejército Unido.

Presento á *Vuesencia* al señor General Ganterác,—díjole La Mar—en quién ha recaído el mando del ejército español, por estar herido y prisionero el Virrey.

El gran Mariscal de Ayacucho, cultísimo como nadie lo fué más, tendiéndole cortesmente la mano á su noble enemigo, contestó:

—Tengo el honor de saludar al señor General Canterác; me pongo á sus órdenes y acepto la capitulación que propone.

Y horas después, la libertad de medio continente americano quedaba asegurada con la honrosa y discreta rendición del ejército español, obtenida por el mismo ilustre guerrero venezolano que venció en "Pichincha", dos años antes.

Si en Pichincha la figura de Sucre es colosal, en Ayacucho, primero como político y luego en el terreno de las armas, su figuración alcanza los más altos relieves; porque á esta jornada, en la que se iba á rifar todo lo avanzado durante seis años, precedieron diversos sucesos que á no haber mediado el tacto político de Sucre, habrían dado á la causa americana los más tristes resultados.

Sucre había estudiado tan á fondo su plan para esta última y decisiva batalla, que consiguió llevar el ejército enemigo al punto que necesitaba, para vencerlo. Y

conocedor de las aptitudes de sus tenientes, dió á cada uno la facultad de que había menester y le designó el puesto en que mejor hubiera de cumplir.

¡Gloria eterna al Gran Mariscal de Ayacucho!

---

# ¡EL SIMBOLO DE LA PATRIA!

Tan elevada es, y siempre lo fué, la importancia que tiene en todos los pueblos del mundo la bandera ó símbolo de la patria, que, una de las primeras disposiciones del Libertador cuando desembarcó con su valeroso ejército en nuestras playas, fué crear una bandera propia representativa de la libertad. Y decretó con tal motivo, en Pisco, el 21 de Octubre de 1820, la adopción de la bandera nacional que en dicho decreto se describe con todos sus detalles, "por cuanto es incompatible con la independencia del Perú la conservación de los símbolos que recuerdan el dilatado tiempo de su opresión".

Más tarde, el gobierno de Torre Tagle, por resolución de 15 de Marzo de 1822, modificó sustancialmente el citado decreto del Libertador sobre la bandera nacional, consultando, además de la economía, otros inconvenientes que su formación presentaba.

Pero como todas estas medidas se adoptaban hallándose el enemigo aún en nuestros territorio, no podían dejar de tener el carácter de transitorias. Por fin, con la batalla de Ayacucho quedó definitivamente afianzada la independencia del Perú—á pesar de la ocupación del Castillo del Real Felipe, en el Callao, por el cruel Rodil hasta Enero de 1826—y, -entonces, el Congreso Constituyente tuvo á bien expedir el decreto que textualmente va á continuación, y que no es demás recordar á aquellos de nuestros conciudadanos que lo hayan olvidado. (1)

(1) Cuando se decretó que la bandera nacional tuviese solo dos

Dice:

*"El Congreso Constituyente del Perú:*

"Considerando lo necesario que es fijar el escudo de "armas que distinga á la Nación, su pabellón, bandera, es- "tandarte y escarapela, que hasta aquí han sido mera- "mente provisionales;

Decreta:

"1.°—Las armas de la Nación Peruana constarán de un "escudo dividido en tres campos: uno azul celeste á la de- "recha, que llevará una Vicuña mirando al interior, otro "blanco á la izquierda, donde se colocará el árbol de la "Quina, y otro rojo inferior, y más pequeño, en que se "verá una Cornucopia derramando monedas, significándose, "con estos símbolos, las preciosidades del Perú en los tres "reynos naturales. El escudo tendrá por timbre una co- "rona cívica, vista de plano; é irá acompañado, en cada "lado de una bandera, y un estandarte de los colores na- "cionales, señalados más adelante.

"2.°—Estas armas constituirán el gran sello del Esta- "do, puesta en la circunferencia la inscripción: *República "Peruana.*

"3.°—El pabellón y bandera nacionales se compondrán "de tres fajas verticales, las dos extremas encarnadas, y "la intermedia blanca, en cuyo centro se colocará el es- "cudo de las armas con su timbre, abrazado aquel por la "parte inferior, de una palma á la derecha y una rama de "laurel á la izquierda, entrelazadas. El pabellón de los bu- "ques mercantes, será sencillo, sin escudo ni otra insignia.

"4°—El estandarte será de la forma de la bandera "con solo una corona cívica en el medio.

"5.°—La escarapela será de color blanco y encarnado, "interpolados."

---

colores y que estos fueran el blanco y el rojo, algunos poetas dedicáronle composiciones. Uno de ellos, limeño, José Pérez Vargas, lo dijo todo en estos versos:

"Con los colores blanco y encarnado
ha el Perú su bandera enarbolado:
señales de fe pura hacia el amigo,
y de sangrienta guerra al enemigo".

"Comuníquese al Libertador, para que lo mande im-
"primir, publicar y circular. Dado en la sala del Congre-
"so en Lima á 24 de febrero de 1825.—4.° de la Repúbli-
"ca.—*José Gregorio Paredes,* Presidente.—*Juan Bautista*
"*Navarrete,* Diputado Secretario.—*Joaquín de Arrese,* Di-
"putado secretario."

"Por tanto: ejecútese, guárdese, y cúmplase en todas
"sus partes por quienes convenga. Dará cuenta de su cum-
"plimiento el Ministro de Estado en el Departamento de
"Gobierno. Dado en Lima á 25 de febrero de 1825.—4.° de
"la República.—*Simón Bolívar.* Por orden de S. E.—*Hi-*
"*pólito Unánue*".

La bandera nacional, la enseña ó símbolo de la patria, el bicolor hermoso á que se refiere el artículo 3.° de la ley trascrita, es el mismo que hoy veneramos y ante el cual nos descubrimos con amor y respeto todos los aquí nacidos; es el mismo que jamás fué arriado en los combates por la mano de un peruano; es el mismo que, derribado por una bala enemiga en la cubierta de la *Independencia* el 21 de mayo de 1879, fué izado inmediatamente por el patriota oficial de marina Guillermo García y García á costa de su vida; es el mismo que, Enrique Palacios, cubierto de heridas, sostenía y mostraba con ardor bélico á la guarnición del "Huáscar" no para vencer—que era imposible, sino para salvar, como allí se salvó y brilló el honor nacional; es el mismo en cuyos pliegues envuelto, cayó en lo alto del Morro legendario el denodado Bolognesi, de bendita y eterna memoria para la nación!..... (1)

(1) En el 3er. reducto, ocupado por el selecto batallón No. 6 del ejército de Reserva, en la desigual y sangrienta batalla de Miraflores con el ejército chileno que invadió la capital en 1881, ocurrió un caso muy notable. Al salir al campo de batalla dicho cuerpo, el primer jefe, coronel don Narciso de la Colina, designó como sargentos, para custodiar el estandarte, á cuatro distinguidos caballeros de cierta edad que eran jefes militares alejados del servicio activo, por diversas causas: La Fuente, de los Heros, Maldonado y Enrique del Campo. El subteniente Porta-estandarte era un señor del Valle. Juraron estos cinco patriotas morir antes que abandonar la amada enseña de la Patria. Flanqueada la línea por el invasor, el No. 6 fué pronto colocado entre dos fuegos, y la retirada se imponía. El Porta-estandarte había recibido un balazo en la mano derecha, y, con tal motivo, se encontraba ya lejos de su puesto; quedando á cargo del pabellón únicamente los cuatro sargentos. —Cuando los soldados chilenos se encontraban á cincuenta metros del reducto, por retaguardia, no quedaban ya allí sino cadáveres,

La cultura de un Estado, lo mismo que la intensidad del amor patrio que se le advierte y que permite apreciar sus condiciones de vitalidad y grandeza, pueden medirse por una demostración de sincero respeto, de cariño y veneración á la bandera ó emblema de la amada patria.

Y como evidente prueba ó fundamento de nuestro modo de pensar en este interesante punto, copiamos en seguida uno de los muchos recortes que conservamos y que al caso viene, gráficamente. Es de "El Comercio", edición de la mañana del 25 de febrero de 1908, cuando se hallaban fondeados en las aguas del Callao aquellos diez y seis acorazados norteamericanos que por entonces dieron la nota más alta, en el orden marítimo.

Dice así:

"*Besando la bandera.*—Poco después de las siete de "la noche, iban por la calle de la Merced dos marineros, "bastantes alegres, fraternalmente unidos á un hombre "del pueblo que participaba de esa alegría. Al llegar á la "esquina, se detuvo uno de los marineros en presencia de "uno de aquellos cartelones de bienvenida que ostentan "la bandera estrellada de la Unión, y *después de besarla* "*cariñosamente*, continuó, balanceándose, su camino".

---

algunos heridos y los cuatro sargentos mencionados que apesar de la insistencia con que se les quiso hacer salir, en vista de que su sacrificio era estéril, se negaron rotundamente, expresando, con entereza, que el deber "les brindaba la ocasión de morir con gloria defendiendo su bandera, que era la Patria misma".—Al día siguiente, la familia del coronel Colina obtuvo licencia, por intermedio del ministro inglés Spencer St. Jhon, para buscar al referido jefe que había quedado herido de gravedad en el campo de batalla; y fué encontrado muerto, con siete heridas de bayoneta y otras tantas de bala.....

A corta distancia de este cuadro de dolor, se presentó á la vista de los comisonados otro grandioso: los cadáveres de La Fuente, de los Heros, Maldonado y del Campo, en pocos palmos de terreno.....

Esos fueron los cuatro sargentos reservistas custodios del Estandarte del tercer reducto de Miraflores que cumplieron el juramento de morir antes que ver ultrajada la hermosa enseña de la Patria!

El que estas líneas escribe, sobreviviente de ese batallón como subteniente de la 2.ª compañía, no puede olvidar en este instante á esos inmortales patriotas de quienes recibió el más brillante ejemplo.

¡Dichosos los hombres que así llenan su misión en la Tierra, para ganar la Gloria, en la Eternidad.....!

¿Se quiere un ejemplo más vivo de la moral patriótica de un pueblo?

¿No es cierto que el simple relato ó recuerdo de este caso extraordinariamente grande, emociona y levanta luego el espíritu de un hombre?

Al leer nosotros esa breve noticia recortamos el papel y lo guardamos cuidadosamente, exclamando, no: ¡que marinero tan patriota! sino: ¡que país tan poderoso! ¡que nación tan feliz!.....

El patriotismo no es una quimera en el Perú. Pero es urgente mantener activa propaganda para que se robustezca. No nos halaga que diez, veinte ó treinta de nuestros conciudadanos lo demuestren; es necesario que todos, absolutamente todos, se sientan poseídos de ese noble sentimiento; porque solo así podrá nuestro país—¡quiéralo Dios!—volver á su pasada opulencia.

Puede afirmarse, casi palparse, que cualquiera de los marineros de ese y de todos los buques de la escuadra americana habría besado su bandera con el mismo cariño, con el mismo ardor patriótico que el de la calle de la Merced.

¿Y esto no edifica, no convence de que los pueblos patriotas son grandes y fuertes, no causa admiración, no estimula, no conmueve y nos habla al alma?.....

.....

.....



**Instalación de la primera Junta de Guayaquil Independiente. - 9 de Octubre de 1820.**

DEL PERÚ
Biblioteca
de M. Julio L. Elías Murgia

# INSTALACIÓN DE LA PRIMERA JUNTA DE GUAYAQUIL INDEPENDIENTE

El 9 de Octubre de 1820, las tropas que guarnecían la ciudad de Guayaquil, siguiendo el eco popular, lanzaron el primer grito de independencia en favor de aquella provincia, y el 10, la bandera española solo se veía en unas lanchas cañoneras fondeadas en el tranquilo Guayas.

Con tal motivo, formóse una Junta gubernativa compuesta de tres miembros, guayaquileños todos, bajo la presidencia del ilustre don José Joaquín de Olmedo.

El interesante cuadro que en copia reproducimos, enviada del Ecuador, en donde aquel se encuentra, es conmemorativo de aquel trascendental suceso, del que aquí nos ocupamos, porque se roza con nuestros intereses políticos de esa época.

La opinión estaba dividida, en la provincia de Guayaquil: unos querían que se anexase definitivamente al Perú y otros á Colombia. Por lo primero, estaba el General San Martín y por lo segundo, el General Bolívar.

Sin embargo, la idea dominante, y sostenida por la Junta, era la de erigir la Provincia de Guayaquil en República ó Estado independiente; aunque fuera como medida de transición, para resolver, terminada que hubiera sido la guerra, si pasaba al Perú, del que dependía en lo militar, ó á Colombia.

Los esfuerzos de San Martín fueron vanos. Bolívar envolvió con sus tropas á la Junta y Guayaquil fué anexa-

do á Colombia; de donde pasó más tarde á incorporarse á la República del Ecuador, tan pronto como esta se fundara

Como alrededor de este suceso, varios historiadores americanos han hecho diversos comentarios é imputado al General San Martín, falsamente, el empeño de anexar Guayaquil al Perú, á todo evento, con fines ajenos á la causa libertadora, creemos oportuno salvar el error ó rechazar la malevolencia que aquella especie entraña, reproduciendo un oficio del Libertador en el que, si bien pudo estar antes por la anexión al Perú, estimándola conveniente á los grandes intereses que defendía, su principal anhelo era el de cumplir y sostener los derechos á la libertad absoluta que ese hermoso pueblo tenía.

La importantísima comunicación á que nos referimos es esta:

"Lima, Agosto 23 de 1821.

*Señor Presidente de la Junta gubernativa de Guayaquil.*

Desde que recibí la primera noticia del feliz cambiamiento que hizo esa provincia de su antigua forma, me anticipé á mostrar al gobierno que entonces existía, por medio de mis diputados el General Luzuriaga y el Coronel Guido, cuáles eran las ideas que me animaban con respecto á su destino. Mi grande anhelo era entonces, *y nunca será otro,* que ver asegurada su independencia bajo aquel sistema de gobierno que fuese aclamado por la mayoría del pueblo puesto en plena libertad de deliberar y cumplir sus votos.

Consecuente á estos principios, debo repetir á US. en contestación á su nota oficial de 29 del pasado, que invariable en el plan que me ha propuesto, yo no tomaré otra parte en los negocios de ese país, que la que convenga al cumplimiento de la resolución heroica que adoptó el día de su regeneración.

Por lo demás, si el pueblo de Guayaquil espontáneamente quiere agregarse al departamento de Quito, ó prefiere su incorporación al Perú, ó si, en fin, resuelve mantenerse independiente de ambos, yo no haré sino seguir su voluntad y considerar esa provincia en la posición política que ella misma se coloque.

Para remover sobre este particular toda ambigüedad, es bien obvio el expediente de consultar la voluntad del pueblo, tomando las medidas que ese gobierno estime conveniente, á fin de que á la mayoría de los ciudadanos exprese con franqueza sus ideas, y sea esta la norma que siga US. en sus resoluciones, sirviéndose en tal caso avisarme el resultado para nivelar las mias.

Tengo la honra de ofrecer á US. la más alta consideración.

*José de San Martín".*

A este oficio dió extensa respuesta el Presidente de la Junta, Olmedo, insinuándole la necesidad de ir á entrevistarse con Bolívar; idea que la sostuvo en sus posteriores comunicaciones, hasta que, como sabemos, la vió realizada.

En una de esas cartas, fecha 22 de Febrero de 1822, le habla de temores de guerra civil, y de que tal vez no sería La Mar bien recibido al frente de una división; lo que podría originar—dice—que el General Sucre lo tomara á desaire, "y..... no sabemos—agrega—de lo que es capáz un resentimiento colombiano".

En aquella Junta figuraron hombres de gran valía, como don Francisco Roca que fué uno de los tres miembros que la instituyeron, y que cuando Guayaquil se agregó al Ecuador, vino á Lima como Cónsul General de dicha República hermana, y fundó muy respetable hogar; el benemerito General León Febres Cordero á quien tanto debe el Ecuador; el patriota eminentísimo don José Villamil que apenas instalada la Junta de Gobierno mereció la comisión de ir al encuentro del *Generalísimo de los Andes,* para informarlo de la proclamación de la independencia de Guayaquil; y otros más que en dicho cuadro aparecen.

Resuelto el problema de manera adversa á los propósitos de la Junta, Olmedo vino al Perú y obtuvo en el primer Congreso, reunido, según lo hemos expresado, en Setiembre de 1822, una de las representaciones por la Provincia de Puno.

Después, en 1823, marchó á Quito en comisión del Congreso para solicitar la venida de Bolívar; y en 1825 escribió su célebre "Canto á Bolívar", por la victoria de Junín.

Creemos inoficioso indicar que, en el cuadro mencionado, Olmedo ocupa el centro, como Presidente de la Junta gubernativa.

Y para concluir este breve capítulo, reproducimos en seguida la carta galante y seductora con que Bolívar coronó los esfuerzos de Olmedo y otros grandes hombres, para que el *Generalísimo de los Andes* fuera á tener con él, en Guayaquil la entrevista histórica que tanto ha dado que pensar, hacer y decir á la América entera.

"Guayaquil, 25 de Julio de 1822.

*Excelentísimo Señor don José de San Martín.*

Es con suma satisfacción, dignísimo amigo y señor, que doy á usted por la primera vez el título que mucho tiempo ha mi corazón le ha consagrado. Amigo le llamo á usted, y este nombre será el solo que debe quedarnos por la vida, porque la amistad es el único vínculo que corresponde á hermanos de armas, de empresa y de opinión; así yo me doy la enhorabuena, porque usted me ha honrado en la expresión de su afecto.

Tan sensible me será el que usted no venga hasta esta ciudad, como si fuésemos vencidos en muchas batallas; pero no, usted no dejará burlada la ansia que tengo de estrechar en el suelo de Colombia al primer amigo de mi corazón y de mi patria. ¿Cómo es posible que usted venga de tan lejos para dejarnos sin la posesión positiva, en Guayaquil, del hombre singular que todos anhelan conocer y, si es posible, tocar?

No, respetable amigo; yo espero á usted, y también iré á encontrarlo donde quiera que usted tenga la bondad de esperarme; pero sin desistir que usted nos honre en esta ciudad. Pocas horas como usted dice, son bastantes para tratar entre militares; pero no serán bastantes esas pocas mismas horas, para satisfacer la pasión de la amistad, que va á empezar á disfrutar de la dicha de conocer el objeto caro que se amaba sólo por la opinión, sólo por la fama.

Reitero á usted mis sentimientos más francos con que soy de usted su más afectísimo apasionado servidor y amigo Q. B. S. M.

*Simón Bolívar*".

A una cita de la especie, tan afectuosamente preparada, nadie habría podido dejar de concurrir. San Martín fué, estuvo 40 horas y regresó desencantado.

Diríase que "hizo viaje á la China".....

# LOS TRES PRIMEROS PATRIOTAS

## Don Francisco Vidal

Fué el General don Francisco Vidal uno de los más esforzados campeones de la Independencia Nacional y de los primeros que entraron en acción al iniciarse la campaña. Acompañó al General San Martín, desde Chile, y despues de mil combates y peripecias en las guerrillas de que formaba parte, mereció el grado de subteniente en el Ejército de los Andes; habiendo tenido la fortuna de *ser el primer oficial peruano* que ingresara á las filas libertadoras.

Para que se tenga idea de la gran confianza que este joven patriota había llegado á inspirar al General San Martín, damos á continuación las instrucciones que recibiera de dicho General cuando lo envió como agente á Lima, para preparar el terreno y hacer menos peligrosa la empresa de venir á desembarcar por las inmediaciones de la capital.

"*Instrucciones que deben reglar la conducta de D. Francisco Vidal en el ejercicio de su comisión en la Capital del Perú.*

Art. 1.º—El secreto es el primer deber del comisionado, tanto para su propia seguridad como para el éxito de la comisión. No descubrirá, pues, á nadie ni adonde se dirije, ni por quien y como es enviado. El punto de la costa donde quiera desembarcar, solo se manifestará á la persona que dirija la navegación.

2.°—Despues de hallarse en tierra, guardará la misma reserva con respecto á su comisión, y muy particularmente sobre la salida de la expedición, en la inteligencia que se le prohibe del modo más positivo y serio el que pueda hacer semejante confianza aún al más amigo é íntimo confidente; de suerte que si alguna vez llegase yo á saber que ha faltado á este capítulo, aunque no haya habido consecuencia, será motivo suficiente para perder toda consideración y valor de sus servicios.

3.°—La seguridad de los paquetes de proclamas será otro de sus primeros cuidados. En este negocio se manejará del modo que ha sido instruido en otra ocasión y las trasportará á la capital para tenerlas listas para el tiempo en que llegue la noticia de mi desembarco. Entonces se pondrá á todas sus fechas y lugar, y hará que se distribuyan como se repartieron las otras proclamas de que antes fué encargado; cuidando de introducirlas según sus direcciones y clases, y muy particularmente á los soldados las que tienen este objeto.

4.°—Durante su mansión en la capital del Perú, procurará adquirir las más seguras noticias del estado de la tropa, número, disciplina, recursos, movimientos, planes y medidas del Virrey, principalmente en el momento de recibirse la noticia de mi desembarco y días posteriores.

5.°—Si pasados seis ú ocho días creyese conveniente quedar en Lima, para comunicarme avisos de cuanto ocurra al lugar donde yo me halle, podrá hacerlo, buscando uno ó más individuos de toda confianza, con quien me debe dirigir sus comunicaciones. Pero en caso que el mismo Vidal determine regresar á reunírseme trayéndome la memoria de todas las noticias y ocurrencias, dejará encargados algunos ó distintos patriotas, á efecto de que llenen en lo sucesivo el objeto indicado. Del exacto cumplimiento de estas instrucciones depende la fortuna y consideración del comisionado para lo sucesivo. Dadas en mi Cuartel General de Valparaíso Julio 1.° de 1820.— *San Martín.*" .

De esta y otras comisiones, amén de diversos hechos heroicos, un cronista de aquellos tiempos nos refiere:

"Cuando en 1820, Lord Cochrane, Vice Almirante y Comandante en Jefe de la Escuadra de Chile, se dirigió

sobre Valdivia, el Sr. General Vidal, subteniente entonces, se portó del modo más honroso y decidido. Hablando de él el Señor General Miller, Sargento Mayor en esa época, en una nota que pasó á Lord Cochrane, desde el fuerte del Corral, con fecha 4 de Febrero de 1820, se expresa en estos términos:—"La intrepidéz del Alferez Vi-"dal le ha granjeado justamente la estimación y las ala-"banzas de todos los oficiales y de la tropa. Este bravo "oficial fué siempre uno de los primeros en arrostrar el "peligro en donde quiera que lo había".

"En la toma de Valdivia fué cuando el General Vidal, hallándose al pie de una fortaleza que atacaba, inspirado por su ardiente patriotismo y juvenil entusiasmo, tiró su gorra hacia lo alto del muro y dijo:—*¡Adonde vaya mi gorra allí voy yó!*—Lo dijo y lo cumplió. Fué el primero que puso el pie en la almena, é hizo tremolar en ella el pabellón independiente; motivo por el cual, y para la eterna memoria de tal heroicidad se dió al fuerte el nombre de "Vidal" que conserva hasta la fecha."

"En aquella época desempeñó el General Vidal comisiones importantes que le ocasionaron dos naufragios; y en el último, apesar de haber muerto sus compañeros, pudo salvar parte de las comunicaciones y proclamas del General San Martín, que traían él y otros varios patriotas. De estos perecieron algunos, y entre ellos el Capitán Zorrilla; habiendo conseguido salir á la orilla el General Vidal, D. José Antonio Barrenechea, D. José María Pagador, un pilotín y cuatro marineros. Las comunicaciones que estos valientes traían en tarros de lata estañados, quedaron boyando en el mar; bararon luego en las playas de las Zorras, despoblado de Huarmey, y por último, salieron á tierra. El general Vidal recogió tanto las de su cargo como las de algunos de los otros espías que habían fallecido, y después de enterrarlas, se separó de sus compañeros. Internóse luego en el desierto, donde permaneció cuatro días desnudo, sin comer, ni beber y casi cadáver. La Providencia dispuso que fuese encontrado en ese sitio por el negro José Serrano y su partida, ocupados allí en asaltar á los caminantes; ellos lo condujeron á Pativilca en donde se hallaba un escuadrón español mandado por el Teniente Coronel D. Elías Guerrero, y allí pudo engañar á sus favorecedores, descubriéndose á

uno de los esclavos de su casa llamado Bartolo, quien lo condujo hasta el punto en que se hallaba D. Lucas Fonseca, según lo deseaba ardientemente el General. Entonces participó á dicho Fonseca, que las comunicaciones y proclamas del General San Martín, que traía para los patriotas de la Capital, se hallaban enterradas en el alto de Tamboreros. Fonseca le dió auxilio de hombres y caballos para que lo acompañaran á sacarlas, y en efecto, así se verificó. A pocos días de esto supo que sus compañeros Barrenechea y demás habían sido presos por las tropas españolas que guarnecían el puerto de Huarmey; y sin hallarse aun bien restablecido, se puso en marcha, trayendo las comunicaciones. Llegó á esta Capital sin otro accidente, y después de haber cumplido en todas sus partes las instrucciones del General San Martín, se dirigió á los departamentos de Ancash y Libertad, en donde debía haber distribuido el Capitán Zorrilla la correspondencia de su cargo. Entonces fué cuando el Virrey Pezuela llamó al General Vidal por edictos y pregones, y puso á precio la cabeza de este ilustre veterano; pues, ofreció *diez mil pesos* al que se lo presentara vivo, con el fin de arrancarle los nombres de los denodados patriotas complicados en la revolución, el tiempo en que debían llegar las fuerzas independientes y el punto á que dirigían sus primeros pasos. Pero el cielo, que protege toda causa justa y obstruye el camino á la iniquidad, dispuso las cosas de modo que saliera incólume de tanto peligro el esforzado peruano que nos ocupa".

Como se ve, entre los muchos actos heroicos que realizó el General Vidal en favor de la causa de la libertad, nada hubo que no se le opusiese y que no fuese vencido ó salvado por su voluntad de hierro; y si combatió valerosamente en los campos donde se daba con el enemigo, tambien cruzó desiertos y pasó por el hambre y la desnudéz, para salvar comunicaciones y, como el martir José Olaya, defender con la vida un secreto que la Patria le había confiado.

¡Y naufragó dos veces!.....

Todo esto cuesta la libertad del Perú, á esos patriotas inmortales; y tú, joven lector, estás en la obligación, no solo de elevarles en tu corazón un monumento de gratitud, sino, muy especialmente, de jurar que por los me-

dios á tu alcance has de propender á que mañana sea tu Patria la misma que ellos, nuestros queridos padres, nos entregaron, casi ahogados en su propia sangre, hace ya cerca de un siglo.

---

## Don Remigio Silva

Corresponde á este veterano de la Independencia Nacional una de las más hermosas páginas de nuestra historia. Casi no hay crónica de la guerra magna en donde no encontremos distintos relatos de sus inestimables servicios prestados á la patria, desde el año de 1809. Nadie le superó en constancia; y cuando por su corta edad le perdonaba el enemigo, volvía á moverse con más entusiasmo. Y viendo que aquí no se podía dominar la situación, después de la batalla de Chacabuco, emprendió viaje á Chile, escapando á la persecución que contra él decretara el Virrey, llamándolo por edictos y pregones.

San Martín y O'Higgins lo recibieron con interés, y pronto renovó sus labores en la escuadra de Lord Cochrane, burlando al enemigo en sus excursiones á tierra para conseguir víveres y otros artículos de que se carecía.

Cuando la expedición libertadora desembarcó en Pisco, era ya don Remigio Silva sargento mayor de Ejército y había pasado por sacrificios personales y pecuniarios de todo género; sufriendo, más tarde, larga prisión en unos calabozos subterráneos que se llamaban "infiernillos".

Rivalizaba con él en esa decisión por la libertad, su hermano mayor, don Mateo, abogado prestigioso á quien debe igualmente la patria señalados servicios. Y en cuanto á su hermana, Brígida Silva, figura por sus hechos distinguidos, entre las damas de la más selecta sociedad limeña que fueron agraciadas con diploma, firmado por San Martín y Monteagudo, como "acreedoras á la divisa del Patriotismo."

Tantos y tan meritorios fueron los servicios prestados desde su juventud, en 1809, que cuatro meses después de la Jura de la Independencia, don José de San Martín que era su fervoroso admirador, instóle á que descansara de

esos 12 años de desvelos, tormentos, combates y, particularmente, ruina económica; pues, su fortuna había desaparecido entre gastos de guerra y confiscaciones con que el enemigo lo hostilizaba.

Con tal motivo, se extendió á su favor este nombramiento que habla muy alto del patricio ilustre.

"El Protector de la Libertad del Perú.—Por cuanto: atendiendo á los méritos y servicios de don Remigio Silva, Sargento Mayor de Ejército, he venido en nombrarle por mi decreto de hoy para el empleo de Contador de la Dirección General de Tabacos, con el sueldo de *dos mil pesos*, vacante por separación de don Félix Saenz de Tejada que lo obtenía. Por tanto: ordeno y mando le hayan y reconozcan por tal, guardándole y haciéndole guardar todas las distinciones y preeminencias que por este título le corresponden. Para lo que hice expedir el presente, firmado por mi, sellado con el sello provisional del Estado, en el Departamento de Hacienda, del que se tomará razón donde corresponda. Dado en Lima á 19 de Diciembre de 1821. 2.º de la Libertad del Perú—*José de San Martín*.—*Hipólito Unánue*".

Días antes de este nombramiento, el 12 del mismo Diciembre, se le extendió diploma de "asociado á la orden del Sol". Y, con posterioridad, siendo ya Coronel de ejército, fué "Presidente del Departamento de Huaylas", en 1823; reemplazando más tarde, en 1829, al General Pardo de Zela en la Prefectura de La Libertad, donde dejó huellas imborrables de sus aptitudes y patriotismo.

El Coronel don Remigio Silva era limeño, y ha dejado descendencia que no hará desmerecer jamás el nombre de su tan glorioso propenitor.

---

## Don Manuel T. Odriozola

Aún no había cumplido diez y seis años de edad el distinguido joven don Manuel Tiburcio Odriozola, cuando llegó á Lima la noticia de haber desembarcado en Pisco el Ejército Libertador. Odriozola, que desde la infancia había demostrado anhelo vivísimo de ver libre á su pa-

tria, abandonó luego el hogar, y arrostrando graves peligros, salvó la distancia en breve tiempo, presentándose al General San Martín, siete días después, en demanda de un puesto de vanguardia.

Este ejemplo de patriotismo. sincero y entusiasta, produjo la más halagadora impresión en el ánimo de aquellos soldados, y despejó el campo de los recelos en otros muchos ciudadanos que desconfiaban de la aparente debilidad de las fuerzas patriotas; y, por consiguiente, las altas comenzaron ya á darse en número considerable.

Durante tres semanas desempeñó diferentes riesgosas comisiones, entre ellas la de constituirse en Ica, pretestando diversas causas propias de un niño, para indagar y comunicar á los patriotas el estado de la guarnición de esa ciudad; obteniéndose en seguida, por ese medio, el éxito completo de la expedición enviada.

A la decisión y valor que en Odriozola advertía el General San Martín, uníase un clarísimo talento y el mayor orden en todos sus actos. A esto debió su nombramiento de Oficial tercero de la Secretaría de Gobierno en campaña, el 12 de Octubre de ese mismo año, 1820.

Refieren las crónicas de aquella guerra que, cuando la comisión á Ica, se dió con una partida de bandoleros capitaneados por un famoso asesino que no podían reducirlo los españoles y que era también para los patriotas un inconveniente que los detenía, Odriozola venció hábilmente las dificultades, y el capatáz fué descubierto y capturado.

El General Guido ha dejado escritos sus elogios á Odriozola durante la campaña de la Independencia, especialmente, cuando lo llevó á Guayaquil como oficial de su Secretaría, con el grado de capitán, en 1822.

En un informe emitido por el ilustre General Miller, en el expediente de servicios iniciado por don Manuel Tiburcio Odriozola en Julio de 1834, leemos:—"Me es satisfactorio declarar que el Teniente Coronel Odriozola es el *Primer Peruano,* que al desembarcar el Ejército Libertador en las playas de Pisco en 1820, se unió á sus filas, desde cuya época no ha dado sino pruebas de su acendrado patriotismo, actividad, celo y amor á las Leyes; por todo lo que lo creo acreedor en sumo grado á la más favorable consideración del Supremo Gobierno".

Establecida la República, el Coronel Odriozola fué Director de la Biblioteca y Archivo Nacional, fundada, como sabemos, por el inmortal San Martín. Allí, como en todo tiempo, prestó Odriozola servicios de la más alta importancia á su país. Y testimonio de ello dan los muchos volúmenes que, conteniendo millares de documentos é informaciones acerca de la historia del Perú colonial, y tambien de la República, ha dado á la publicidad ese prestigiosísimo ciudadano, vencedor de la Independenca Nacional y "Primer Peruano" que aquí se presentó á tomar las armas en defensa de su amada Patria.

## RELACIÓN DE LOS ARTÍCULOS DE GUERRA QUE CONDUCE A SU BORDO A LOS PUERTOS DE CHILE LA FRAGATA MERCANTE "LORD LINDOCH", PARA EL EJÉRCITO DE LOS ANDES.

| | | | | |
|---|---|---|---|---|
| 2 | morteros . . . . . | de | 9 | pulgadas |
| 1 | obus . . . . . | „ | 8 | „ |
| 4 | cañones . . . . . | „ | 24 | „ |
| 4 | „ . . . . . | „ | 8 | „ |
| 2 | obuses . . . . . | „ | 6 | „ |
| 400 | bombas . . . . . | „ | 9 | „ |
| 200 | granadas . . . . . | „ | 8 | „ |
| 200 | „ . . . . . | „ | 6 | „ |
| 1000 | balas . . . . . | „ | 24 | „ |
| 300 | „ . . . . . | „ | 8 | „ |
| 6 | armones . . . . . | „ | 8 | „ |
| 10 | cureñas . . . . . | „ | 8 | „ |
| 3 | ajustes para morteros . . | „ | 8 | „ |

Son 88 toneladas, 14 quintales, 64 libras.

Buenos Aires, 15 de Setiembre de 1818.

---

Con esta artillería, que entonces representaba un supremo esfuerzo, se abrió la campaña sobre el Perú; pues, la muy escasa que hubo en la batalla de Maipú, cinco meses antes, no prestaba ya gran confianza y era necesario reforzarla.

## GENERALES Y JEFES DEL EJÉRCITO LIBERTADOR QUE DESEMBARCÓ EN PISCO.

| | |
|---|---|
| *General en Jefe* . . . . . | Excmo. Señor D. José de San Martín. |
| *Jefe de Estado Mayor* . . | General D. Juan Gregorio de las Heras. |
| *Mayor General* . . . . . | D. Juan Antonio Alvarez de Arenales. |
| *Coronel de Artillería* . . | „ Manuel Borgoño. |
| „ „ *Infantería* . . | „ Cirilo Correa. |
| „ „ „ . . | „ Enrique Martínez. |
| „ „ „ . . | „ Ramón Deza. |
| „ „ „ . . | „ José Santiago Aldunate. |
| *Teniente Coronel de Artillería* . . . . . | „ Pedro José Luna. |
| *Sargento Mayor* . . . . . | „ Mariano Necochea. |
| „ „ . . . . . | „ Rudecindo Alvarado. |
| „ „ . . . . . | „ Enrique Campino. |
| „ „ . . . . . | „ N. Margutti. |
| „ „ . . . . . | „ Eugenio Guiroust. |

## SECRETARÍA DEL GENERAL SAN MARTÍN

| | |
|---|---|
| *Secretario* . . . . . | D. Antonio Alvarez Jonte. |
| „ . . . . . | „ Bernardo Monteagudo. |
| „ . . . . . | „ Juan García del Río. |
| *Ayudante de Campo* . . | Coronel D. Tomás Guido. |
| „ „ „ . . | Coronel D. Francisco Antonio Pinto. |
| „ „ „ . . | Coronel D. Diego Paroisien. |
| „ „ „ . . | Sargento Mayor D. José Caparros. |
| *Intendente de Ejército* . | D. Juan Gregorio Lemus. |

## SEÑORAS DE LIMA QUE SUFRIERON PERSECUCION Y PENAS POR NOTABLES SERVICIOS PRESTADOS A LA CAUSA DE LA INDEPENDENCIA NACIONAL.

Doña Manuela Estacio.
„ Bárbara Alcázar.
„ Juana García.
„ Candelaria García.
„ Francisca Sánchez de Pagador.
„ Petronila Alvarez.
„ Josefa Sánchez.
„ Francisca Caballero.
„ María Guislas.
„ Mercedes Nogareda
„ Natalia Ferreyros.
„ Brígida Silva.
„ Rosa Campusano.
„ Camila Arnao.
„ Carmen Noriega de Paredes.
„ Agustina Pérez de Seguín.
„ Narcisa Gomez.
„ Antonia Ulate y Gomez.

Estas distinguidas personas del bello sexo limeño, así como Doña Trinidad Celis y la heroina Andrea Bellido, en Ayacucho; Doña Catalina Agüero y doña Narcisa Iturregui, en Lambayeque; y las Bonifáz y las Egúsquiza, en Cajamarca, fueron condecoradas por el *Generalísimo de los Andes* con la banda de la Libertad.

Algunas de ellas soportaron tormentos y otras, en calidad de presas, fueron obligadas á asistir enfermos en el hospital de la Caridad.

En cuanto á la señora limeña doña Juana Manrique de Luna, con quien se entendía directamente el inmortal chorrillano *José Olaya,* hemos hecho ya el relato de sus servicios y angustias, en nuestro opúsculo "Morir por la Patria" en el que de dicho gran patriota nos ocupamos.

# PARTE OFICIAL DE LA BATALLA DE JUNÍN

"Secretaría General.—Cuartel General en *Reyes*. Sábado 7 de Agosto de 1824.—Al Sr. Ministro General de Negocios del Perú.

De suprema orden de S. E. el Libertador, tengo la satisfacción de anunciar á US., que ayer á las cinco de la tarde ha sufrido el Ejército Español una terrible humillación en las llanuras de Junín, dos y media leguas de este lugar. La caballería, con cuya fuerza contaban principalmente los enemigos para someter al Perú á la dominación española, ha sido batida de tal modo, que no volverá á presentarse en el campo de batalla. Informado S.E. de que los enemigos habían venido á buscarnos con toda su fuerza reunida, se puso en marcha con el Ejército Libertador desde Conocancha, con el fin de comprometer una batalla decisiva. Entre tanto los enemigos que habían avanzado hasta Pasco, volvieron sobre sus pazos á marchas forzadas, en consecuencia de las noticias que tuvieron de la dirección que seguía el Ejército. S.E. contaba con forzarlos á una acción formal, situándose á su retaguardia por el camino que ellos debían de llevar á Jauja; pero la precipitación con que marchaban, les proporcionó la dichosa casualidad de llegar y aun pasar del punto en que debíamos encontrarnos, algunas horas antes que nuestro Ejército, que tuvo que hacer una jornada larga y por terreno escabroso y difícil. En este

estado, observando S.E. que los enemigos continuaban sin cesar su retirada, y considerando por otra parte que se escapaba de entre las manos la ocasión de terminar de un golpe la penosa campaña en que nos hallábamos y decidir la suerte del país, resolvió adelantarse con la caballería al trote mandada inmediatamente por el "intrépido General Necochea", y situarla en la misma llanura que ocupaban los enemigos, esperando que aquellos que nos habían buscado tan resueltamente, aprovecharían la ocasión que se les presentaba de lograr sus deseos, ó que viendo nuestra fuerza de caballería sobre ellos, comprometerian una acción para salvar todo su Ejército. Sea correspondiendo á estos cálculos, ó por una ciega confianza en su caballería, los enemigos cargaron á la nuestra en una situación bien desventajosa para nosotros; el choque de estos dos cuerpos fué tremendo, y al fin después de diferentes conflictos en que ambas partes lograban la ventaja, la caballería enemiga, aunque superior en número y mejor montada que la nuestra, fué completamente desordenada, batida y acuchillada hasta las mismas filas de su infantería, que durante la acción continuaba su marcha hacia Jauja y se hallaba muy lejos del campo cuando aquella se decidió.

Nuestra caballería ha mostrado un arrojo que mi pluma no alcanza á expresar, y que solo puede concebirse recordando los siglos heroicos. El resultado de esta brillante jornada ha sido la de doscientos treinta y cinco muertos en el campo de batalla, entre ellos diez jefes y oficiales, mas de ochenta prisioneros, muchos heridos y una infinidad de dispersos. Se han tomado más de tres cientos caballos aperados, y el campo de batalla está cubierto de toda clase de despojos. Por nuestra parte hemos tenido fuera de filas, sesenta hombres muertos y heridos: entre los primeros al Capitán Urbina de Granaderos de Colombia, y al Teniente Cortés, del primer Regimiento de caballería del Perú. Entre los segundos al bizarro General Necochea con siete heridas, aunque ninguna de cuidado, al Sr. Coronel Carvajal de Granaderos á caballo de Colombia, al Comandante Soberví del segundo Escuadrón del primer Regimiento del Perú, al Sargento Mayor Felipe Brown y al Capitán Peraza, ambos de la caballería de Colombia; el primero y los dos últimos le-

vemente heridos y el segundo de alguna gravedad; entre la tropa hay pocos de riesgo. Ayer se habría concluído la guerra del Perú, si la infantería enemiga no hubiera continuado incesantemente su marcha al trote, y si la nuestra hubiese podido velar como era necesario para alcanzarla, porque todos ardían en deseos de destruir á los enemigos. Estos han quedado enteramente escarmentados, y su terror llega al extremo de que desde la madrugada de ayer no han dejado de marchar ni aun en la noche. Mañana continúa el Ejército sus operaciones, y me lisonjeo de que muy pronto, felicitaré a US. y á todo el Perú por el suceso de ayer, que por ser el primero de la campaña, presagia los más felices resultados. La tierra de los Incas regada con la sangre de sus opresores y oprimidos, ofrecerá bien pronto bellos campos en que se estienda el árbol precioso de la Libertad; y muy pronto los vencedores de catorce años no dejarán á estos desgraciados habitantes sino los recuerdos de los horrores que aquellos han cometido mientras la fortuna los ha lisonjeado. Quiere S.E. que estas noticias las haga US. circular á todos los pueblos y autoridades del país. Dios guarde á US.—*Tomás de Heres.*—Secretario General interino". (1)

(1) Es injusto que no se mencione en este parte al Teniente Coronel Suárez, argentino, jefe del Escuadrón Peruano que dió el triunfo en Junín. Suárez mandaba, como reserva, reclutas de Trujillo, Chiclayo y Lambayeque, y al ver el desorden que se produjo á consecuencia de los destrozos que hizo en nuestra caballería, la del enemigo, se aprestó al combate, en espera de órdenes. Pero no llegaron estas órdenes, porque Bolívar, que dirigió los primeros movimientos, ante el desastre que se había iniciado, voló al encuentro de la infantería, legua y media distante, que ya habría llegado tarde; pues los españoles estaban victoriosos y acuchillando a los dispersos. Entonces, Suárez, que no se hallaba muy lejos, cargó resueltamente, y en media hora de carnicería, el campo quedó por los patriotas.

Es un lunar muy feo el que tiene ese documento oficial. El ejército patriota habría sucumbido allí, sin la heroica determinación del comandante argentino *Manuel Isidoro Suárez,* digno jefe de nuestros bravos soldados.

No debemos dar lugar á que se nos diga lo que dice el General Miller en sus "Memorias", pág. 318:

*"Al celebrar Chile sus propios esfuerzos, no habla de la circunstancia de la batalla de Chacabuco, ganada CON BAYONETAS ARGENTINAS".*

# PARTE OFICIAL DE LA JORNADA DE AYACUCHO

"Ejército Unido Libertador del Perú—Cuartel General de Ayacucho á 11 de diciembre de 1824—Al Sr. Ministro de la Guerra—Señor Ministro: Las tres divisiones del ejército quedaron desde el 14 al 19 de noviembre situadas en Talavera, San Gerónimo y Andahuaylas, mientras los enemigos continuaban sus movimentos sobre nuestra derecha. Por la noche del 18 supe que el mayor número de los cuerpos enemigos se dirigía á Huamanga, y dispuse que el ejército marchase para buscarlos. El 19 nuestras partidas se batieron en el puente de Pampas con un cuerpo enemigo, y el 20 al llegar á Uripa se divisaron tropas españolas en las alturas de Bombon. Una compañía de Húsares de Colombia, y la primera de Rifles con el señor Coronel Silva, se destinaron á reconocer estas fuerzas, que constando de tres compañías de cazadores, fueron desalojadas y obligadas á repasar el río de Pampas, donde se encontró á todo el ejército real, que había cortado perfecta y completamente nuestras comunicaciones situándose á la espalda. Siendo difícil pasar el río, é imposible forzar las posiciones enemigas, nuestro ejército quedó en Uripa, y los españoles en Concepción, estando á la vista. El 21, 22 y 23, el encuentro de las descubiertas nos fué siempre ventajoso. El 24 los enemigos levantaron su campo en marcha hacia Vilcas-Hua-

man, y nuestro ejército vino á situarse sobre las alturas de Bombón hasta el 30, que sabiéndose que los enemigos venían por la noche á la derecha del Pampas por Uchubambas á flanquear nuestras posiciones, me trasladé á la izquierda del rio para cubrir nuestra retaguardia. Los españoles, al sentir este movimiento, repasaron rápidamente á la izquierda del Pampas; pero nuestros cuerpos acababan de llegar á Matará en la mañana del 2, cuando el ejército español se avistó sobre las alturas. Aunque nuestra posición era mala, presentamos la batalla; pero fué excusada por el enemigo, situándose en unas breñas no solo inatacables sino inaccesibles. El 3, el enemigo hizo un movimiento indicando el combate, y se le presentó la batalla; pero dirigiéndose sobre las inmensas alturas de la derecha, amenazaba tomar nuestra retaguardia. Antes había sido indiferente al ejército dejar al enemigo nuestra espalda; pero la posición de Matará, después de ser mala carecía de recursos, y era por tanto necesario seguir la retirada á Tambo Cangallo. Nuestra marcha se rompió muy oportunamente para salvar la difícil quebrada de Corpahuayco antes que llegase el cuerpo del ejército enemigo; mas este había adelantado desde muy de mañana y encubiertamente cinco batallones y cuatro escuadrones á oponerse en este paso impenetrable. Nuestra infantería de vanguardia con el señor general Córdova y la del Centro con el señor general La Mar habían pasado la quebrada, cuando esta fuerza enemiga cayó bruscamente sobre los batallones Vargas, Vencedor y Rifles, que cubrían la retaguardia con el señor general Lara; pero los dos primeros pudieron cargarse á la derecha sirviéndose de sus armas para abrirse paso, y Rifles en una posición tan desventajosa tuvo que sufrir los fuegos de la artillería, y el choque de todas las fuerzas; mas desplegando la serenidad é intrepidéz que ha distinguido siempre á este cuerpo, pudo salvarse. Nuestra caballería bajo el señor general Miller pasó por Chonta protegida por los fuegos de Vargas, aunque siempre muy molestada por la infantería enemiga. Este desgraciado encuentro costó al ejército libertador más de 300 hombres, todo nuestro parque que fué enteramente perdido, y una de nuestras dos piezas de artillería; pero él es el que ha valido al Perú su libertad.

El 4 los enemigos engreidos de su ventaja, destacaron cinco batallones y seis escuadrones por las alturas de la izquierda á descabezar la quebrada, mostrando querer combatir; la barranca de la quebrada de Corpahuayco permitía una fuerte defensa; pero el ejército deseaba á cualquier riesgo aventurar la batalla. Abandonando esta barranca me situé en medio de la gran llanura de Tambo Cangallo. Los españoles al subir la barranca, marcharon velozmente á los cercos enormes de nuestra derecha, evitando todo encuentro, y esta operación fué un testimonio evidente de que ellos querían maniobrar, y no combatir; este sistema era el único que yo temía, porque los españoles se servían de él con ventaja, conociendo que el valor de sus tropas estaba en los pies; mientras el de las nuestras se hallaba en el corazón. Creí pues necesario, obrar sobre esta persuación, y en la noche del 4, marchó el ejército al pueblo de Guaychao, pasando la quebrada de Acocro, y cambiando así nuestra dirección. El 5, en la tarde se continuó la marcha á Acos Vinchos y los enemigos á Tambillo hallándonos siempre á la vista. El 6, estuvimos en el pueblo de Quinua y los españoles por una fuerte marcha á la izquierda, se colocaron á nuestra espalda en las formidables alturas de Pacaycasa: ellos siguieron el 7 por la impenetrable quebrada de Huamanguilla, y al día siguiente, á los elevados cerros de nuestra derecha, mientras nosotros estábamos en reposo; el 8, en la tarde quedaron situados en las alturas del Condorcunca á tiro de cañón de nuestro campo; algunas guerrillas que bajaron se batieron esa tarde y la artillería usó sus fuegos. La aurora del día 9, vió estos dos ejércitos disponerse para decidir los destinos de una nación. Nuestra línea formaba un ángulo: la derecha, compuesta por los batallones Bogotá, Voltijeros, Pichincha y Caracas, al mando del señor general Córdova; la izquierda, de los batallones 1, 2 3, y Legión Peruana, bajo el ilustrísimo señor general La Mar; al centro los Granaderos y Húsares de Colombia con el señor general Miller; y en reserva, los batallones Rifles, Vencedor y Vargas, al mando del señor general Lara. Al reconocer los cuerpos recordando á cada uno sus triunfos, sus glorias, su honor y patria, los vivas al Libertador, y a la República, resonaban por todas partes. Jamás el entusiasmo se mostró con más orgullo en la frente de los guerreros. Los españoles á su vez dominando

perfectamente la pequeña llanura de Ayacucho, y con fuerzas casi dobles, creían cierta su victoria. Nuestra posición, aunque dominada, tenía seguros sus flancos por unas barrancas, y por su frente, no podía obrar la caballería enemiga de un modo uniforme y completo. La mayor parte de la mañana, fué empleada solo con fuego de artillería y de los cazadores; á las diez del día, los enemigos situaban al pie de la altura cinco piezas de batalla, arreglando tambien sus masas, al tiempo que estaba yo revisando la línea de nuestros tiradores. Di á estos la orden de forzar la posición en que colocaban la artillería, y fué ya la señal del combate.

Los españoles bajaron velozmente sus columnas, pasando á las quebradas de nuestra izquierda los batallones Cantabria, Centro Castro, 1, Imperial, y dos escuadrones de Húsares con una batería de seis piezas, forzando demasiadamente su ataque por esa parte. Sobre el centro, formaban los batallones Burgos, Infante, Victoria, Guías y dos del 1.° regimiento apoyando la izquierda de este, con los tres escuadrones de la Unión, el de San Carlos, los cuatro de los granaderos de la guardia, y las cinco piezas de artillería ya situadas; y en la altura de nuestra izquierda, los batallones 1 y 2 de Gerona, 2.° Imperial, 1.° del primer regimiento, el de Fernandinos, y el escuadrón de alabarderos del virrey.

Observando que aún las masas del centro no estaban en orden, y que el ataque de la izquierda se hallaba demasiado comprometido, mandé al señor general Córdova, que lo cargase rápidamente con sus columnas, protegido por la caballería del señor general Miller, reforzando á un tiempo al señor general La Mar con el batallón Vencedor, y sucesivamente, con Vargas. Rifles quedaba en reserva para rehacer el combate donde fuera menester, y el señor general Lara recorría sus cuerpos en todas partes. Nuestras masas de la derecha marcharon armas á discreción, hasta cien pasos de las columnas enemigas, que, cargadas por ocho escuadrones españoles, rompieron el fuego; rechazarlos y despedazarlos con nuestra soberbia caballería, fué un momento. La infantería continuó inalterablemente, su carga, y todo plegó á su frente.

Entre tanto, los enemigos, penetrando por nuestra izquierda, amenazaban la derecha del señor general La

Mar y se interponían entre éste y el señor general Córdova, con dos batallones en masa; pero llegando en oportunidad Vargas al frente y ejecutando bizarramente los Húsares de Junín la orden de cargar por los flancos de estos batallones, quedaron disueltos. Vencedor y los batallones 1, 2, 3, y Legión Peruana, marcharon audazmente sobre los otros cuerpos de la derecha enemiga, que reuniéndose tras las barrancas, presentaban nuevas resistencias, pero reunidas las fuerzas de nuestra izquierda y precipitadas á la carga, la derrota fué completa y absoluta.

El señor general Córdova, trepaba con sus cuerpos la formidable altura de Condorcunca, donde se tomó prisionero al Virrey Laserna; el señor general La Mar salvaba en la persecución, las difíciles quebradas de su flanco, y el señor general Lara marchando por el centro, aseguraba el suceso. Los cuerpos del señor general Córdova, fatigados del ataque, tuvieron la orden de retirarse, y fué sucedido por el señor general Lara, que debía reunirse en la persecución al señor general La Mar en los altos de Tambo. Nuestros despojos eran ya más de mil prisioneros, entre ellos 60 jefes y oficiales, 14 piezas de artillería, dos mil quinientos fusiles, muchos otros artículos de guerra, y perseguidos y cortados los enemigos en todas direcciones; cuando el general Canterác, comandante en jefe del ejército español, acompañado del general La Mar, se me presentó á pedir una capitulación. Aunque la posición del enemigo podía reducirlo á una entrega discrecional, creí digno de la generosidad americana, conceder algunos honores á los rendidos que vencieron 14 años en el Perú, y la estipulación fué ajustada sobre el campo de batalla en los términos que verá V. S. por el tratado adjunto: por él, se han entregado todos los restos del ejército español, todo el territorio del Perú ocupado por sus armas, todas las guarniciones, sus parques, almacenes militares, y la plaza del Callao con sus existencias.

Se hallan por consecuencia en este momento en poder del ejército libertador, los tenientes generales Laserna y Canterác, los mariscales Valdéz, Carratalá, Monét y Villalobos; los generales de brigada, Bedoya, Ferráz, Camba, Somocursio, Cacho, Atero, Landázuri, Vigíl, Pardo y Tur, con 16 coroneles, 68 tenientes coroneles, 484 mayo-

res y oficiales; más de dos mil prisioneros de tropa; inmensa cantidad de fusiles, todas las cajas de guerra, municiones y cuantos elementos militares poseían; mil ochocientos cadáveres y 700 heridos, han sido en la batalla de Ayacucho, las víctimas de la obstinación y de la temeridad españolas. Nuestra pérdida es de 370 muertos y 609 heridos, entre los primeros el mayor Duxbury, de Rifles, el capitán Urquiola de Húsares de Colombia, los tenientes Oliva de Granaderos de Colombia, Colmenares y Ramírez de Rifles, Bonilla del Bogotá, Sevilla del Vencedor, Prieto y Romanet del Pichincha; entre los segundos, el bravo Coronel Silva, de Húsares de Colombia, que recibió tres lanzasos cargando con extraordinaria audacia á la cabeza de su regimiento, el coronel Luque que al frente del batallón Vencedor, entró á las filas españolas; el comandante León del batallón Caracas, que con su cuerpo marchó sobre una batería enemiga; el comandante Blanco del 2.° de Húsares de Junín, que se distinguió particularmente; el señor coronel Leal, contuso, que á la cabeza del Pichincha, no solo resistió las columnas de caballería enemiga, sino que las cargó con su cuerpo; el mayor Torres del Voltíjeros y el mayor Sornoza, del Bogotá, cuyos batallones conducidos por sus comandantes Guás y Galindo, trabajaron con extraordinaria audacia; los capitanes Jiménez, Coquis, Dorronzoro, Brown, Gil, Córdova y Ureña; los tenientes Infantas, Silva, Suárez, Vallarino, Otárola y French; los subtenientes Galindo, Chabur, Rodríguez, Malabe, Terán Pérez, Calles, Marquina y Paredes de la 2.ª división de Colombia; los capitanes Landaeta, Troyano, Alcalá, Granados y Miro; los tenientes Pasaga y Ariscum y el subteniente Sabino de la 1.ª división de Colombia: los tenientes Orna, Posadas, Miranda y Montoya; los subtenientes Ysa y Alvarado de la división del Perú; los tenientes coroneles Castillo y Geraldino, y tenientes Moreno y Piedrahita del E. M.—Estos oficiales son muy dignos de una distinción singular.— El batallón Vargas conducido por su denodado comandante Morán, ha trabajado bizarramente, la Legión Peruana con su coronel Plaza sostuvo con gallardía su reputación; los batallones 2 y 3, del Perú con sus comandantes Gonzáles y Benavides, mantuvieron firmes sus puestos, contra bruscos ataques; los cazadores del número uno, se singula-

MUSEO NAVAL DEL PERU
Biblioteca
Julio J. Elías Murguía

rizaron en la pelea mientras el cuerpo estaba en reserva. Los Húsares de Junín, conducidos por su comandante Suárez recordaron su nombre para brillar con un valor especial; los granaderos de Colombia destrozaron en una carga al famoso regimiento de la Guardia del Virrey. El batallón Rifles no entró en combate; escogido para reparar cualquiera desgracia, recorría los lugares más urgentes y su coronel Sanderz los invitaba á vengar la traición con que fué atacado en Corpahuayco; todos los cuerpos, en fin, han llenado su deber cuanto podía desearse.

Con satisfacción cumplo el agradable deber de recomendar á la consideración del Libertador, á la gratitud del Perú y al respeto de todos los valientes de la tierra, la serenidad con que el señor general La Mar ha rechazado todos los ataques á su flanco, y aprovechado el instante de decidir la derrota: la bravura con que el señor general Córdova condujo sus cuerpos y desbarató en un momento el centro y la izquierda enemiga; la infatigable actividad con que el señor general Lara atendía con su reserva á todas partes y la vigilancia y oportunidad del señor general Miller para las cargas de la caballería. Como el ejército todo ha combatido con resolución igual, al peso de los intereses de que tenía á su cargo, es difícil hacer una relación de los que más han brillado; pero he prevenido al señor general Gamarra, jefe de E. M. G. que pase á V. S. originales las noticias enviadas por los cuerpos. Ninguna recomendación es bastante para significar el mérito de estos bravos. Segun los estados tomados al enemigo, su fuerza disponible en esta jornada era de *nueve mil trescientos diez* hombres; mientras el ejército Libertador formaba *cinco mil setecientos ochenta*. Los españoles no han sabido que admirar más, si la intrepidéz de nuestras tropas en la batalla ó la sangre fría, la constancia, el orden y el entusiasmo en la retirada desde las inmediaciones del Cuzco, hasta Huamanga al frente siempre del enemigo, corriendo una extensión de 80 leguas, y presentando frecuentes combates. La campaña del Perú está terminada, su independencia y la paz de América, se han firmado en este campo de batalla. El ejército unido cree que sus trofeos en la victoria de Ayacucho, sean una oferta digna de la aceptación del Libertador de Colombia.—Dios guarde á V. S.—*Antonio José de Sucre*".

BIBLIOTECA
DIMINMAR
Clas 985.04/P4/1918 exp
Cat. as.
No. Ing. 0415
Fecha 11a77

MARINA DE GUERRA DEL PERU
Sistema de Bibliotecas
Clas: 985.04/P4/1917
No. Inv.
Fecha:
Inst: 4007

$ 200 =

